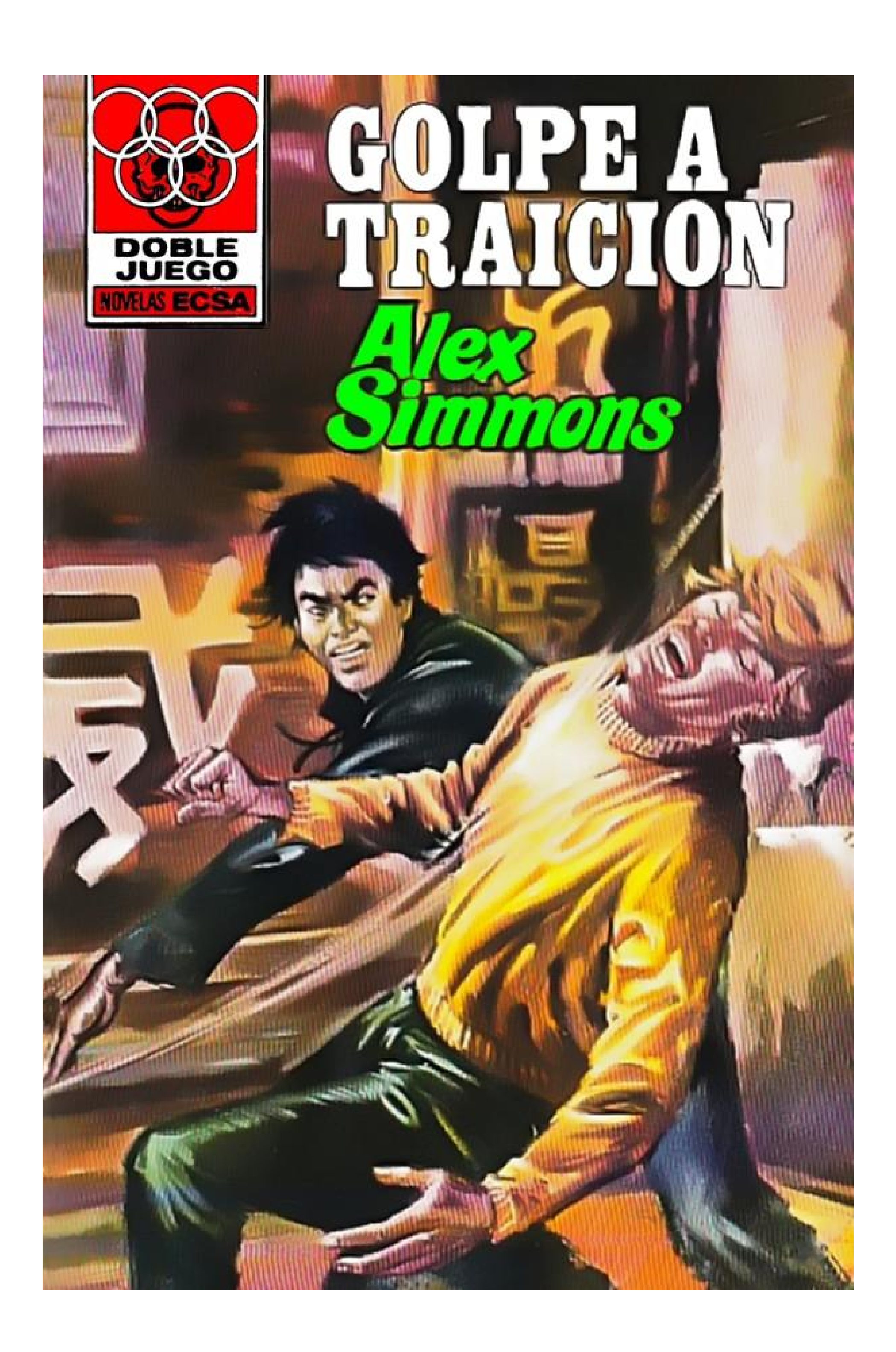
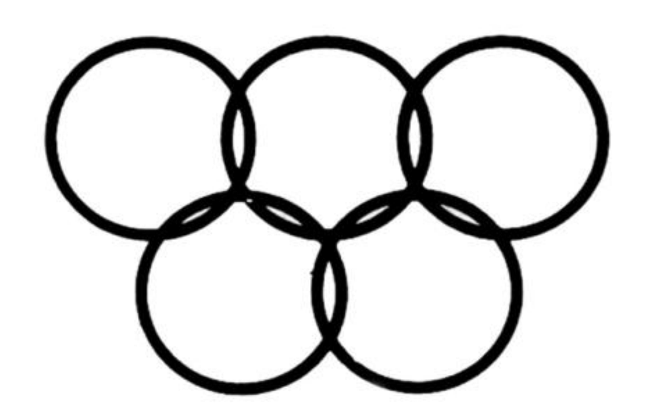

DOBLE
JUEGO
NOVELAS ECSA
GOLPE A
TRAICION
Alex
Simmons



COLECCION DOBLE JUEGO

ECSA

ALEX SIMMONS

GOLPE A TRAICION

Colección
DOBLE JUEGO n.º 35
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84 7518-048 5
Depósito legal: B. 32.075-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: noviembre, 1982
2.ª edición en América: mayo, 1983

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona - 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallès (N-112, Km 21.650) Barcelona – 1982

PRÓLOGO

La expresión de pesadumbre que enarbolaba el rostro de Forrester era completamente sincera.

—No sabe cuánto lo lamento, señor Ling-Fu —dijo, mirando de nuevo al hombre que estaba sentado al otro lado de su mesa de despacho.

Ling-Fu era alto, delgado, vestido con corrección y con cabellos intensamente oscuros. Pertenecía al numerosísimo grupo de chinos que habían ido abandonando su país pasando por la frontera con Hong-Kong, donde terminaron por instalarse.

Forrester, el jefe de la policía británica, estudió detenidamente el rostro del oriental. Conocía a Ling-Fu por haberle visto actuar en el *Orient Circus*, que justamente se disponía a abandonar la ciudad rumbo a Estados Unidos.

Ling-Fu era un acróbata extraordinario.

La fama del *Orient* Circus se había ido extendiendo rápidamente y, tras una gran *tournee* que había abarcado Japón, las islas Filipinas, Birmania y Malasia, la fama del conjunto circense había atraído la atención de los grandes empresarios americanos, quienes lo habían contratado para todo el segundo semestre de aquel año de mil novecientos sesenta.

Ling-Fu miró el puerto de la ciudad y los infinitos juncos allí anclados, a través de los ventanales del despacho del policía. Por unos instantes, pareció absorberse en la contemplación de aquel paisaje que tan bien conocía. Después, volviendo sus ojos oblicuos hacia Forrester...

—Hace ya seis días que mi hijo desapareció, señor —dijo con un tono triste en la voz.

Forrester asintió con la cabeza.

También habían contado para él aquellos seis días. Utilizando todas las fuerzas que tenía a su disposición, había recorrido la ciudad de norte a sur y de este a oeste, intentando vanamente encontrar a aquel muchacho de doce años, que auguraba convertirse en una estrella circense, sin resultado alguno.

—Lo encontraremos —dijo con esa testarudez propia de los policías.

La tristeza se incrementó en los ojos de Ling-Fu.

—Esperaba que lo recuperásemos antes de la marcha. He hecho lo posible para convencer al director de que pospusiese el viaje. Pero ya ha hecho demasiado por mí. En realidad, deberíamos haber salido anteayer.

—Lo sé.

—No puedo dañar los intereses de mis compañeros y de mi jefe por más tiempo.

—¿Deja usted aquí a su familia?

Una luz intensa se encendió en los ojos del oriental.

—¡Oh, no! Aquí he pasado parte de mi vida, señor Forrester. Pero desde hace unos días, esta ciudad me parece el lugar más odioso del mundo.

—Le comprendo.

—He intentado explicarme la desaparición de Yien-Mi, mi hijo, de mil formas distintas. Desde el primer momento, creí que se trataba de uno de esos secuestros que van seguidos inmediatamente por la petición de una cierta cantidad para el rescate. Estaba dispuesto a entregar hasta el último céntimo de mis ahorros. Desdichadamente, creo que me he equivocado...

—Es posible —dijo el policía— que el despliegue policíaco que hemos hecho haya metido el miedo en el cuerpo de esos malditos secuestradores. Pero por mi parte, sigo creyendo que se trata de un clásico rapto con rescate. No debe preocuparse usted, señor Ling-Fu, ya que los secuestradores se pondrán en contacto con usted, aunque sea en los Estados Unidos.

—Eso espero.

—La experiencia me ha enseñado que un raptado no es nunca útil a los que le secuestran a no ser por el dinero que piensen obtener por su rescate. ¿Qué quiere usted que hagan esos granujas con un niño de doce años?

—Yo pienso exactamente lo mismo, señor Forrester.

—Me mantendré en contacto con usted. Por eso le he llamado. Deseo que me comunique, en cuanto se haya instalado en América, un punto, un teléfono, lo que sea, donde yo pueda enviarle mis mensajes, y desde donde usted pueda ponerse en comunicación

conmigo.

—Lo haré, señor Forrester.

—No pierda usted las esperanzas, amigo mío. Yo estoy seguro, podría jurarlo, que nada malo le ocurrirá a su hijo.

El oriental se puso en pie, estrechando con calor la mano que le tendía Forrester. Este le acompañó hasta la puerta, dolorido por la desdicha que había caído sobre aquel hombre bueno.

—No pararé hasta haber encontrado a Yien-Mi, señor Ling-Fu.

—Sé que lo hará, señor Forrester. Dios le bendiga.

—Buen viaje.

—Gracias.

CAPÍTULO PRIMERO

Desde el lugar que ocupaba, tras la enorme caja registradora, Luen-Su sonrió al ver la silueta del hombre que la estaba esperando al otro lado de las grandes lunas del escaparate. Consultó su reloj de pulsera, comprobando con una mueca de disgusto que faltaban aún veinte largos minutos para que el establecimiento se cerrara. Volviendo la cabeza alzó la mirada para ver, a través de las vidrieras de aquella especie de caja de cristal situada a una mayor altura que el suelo de la tienda, la cabeza canosa de su padre, inclinado sobre los libros de cuentas. Un suspiro escapó de los labios de la muchacha. Hacía diez años que habían llegado a América. Diez largos años en los que habían ocurrido muchísimas cosas. Tras dos temporadas triunfales en el *Orient Circus*, Ling-Fu, su padre, se había negado rotundamente a seguir trabajando en el mayor espectáculo del mundo. Había luchado desesperadamente, junto a su mujer y a su hija, agarrado siempre a la esperanza de que Yien-Mi reapareciera.

Pero parecía como si el muchacho se hubiese evaporado.

Cansado de esperar vanamente, habiendo perdido hasta su última esperanza, Ling-Fu abandonó el circo para instalarse en San Francisco, donde abrió una de las mejores lavanderías de la ciudad.

Las cosas le habían ido maravillosamente bien, duplicando en pocos años el capital que había guardado celosamente para pagar a los raptores de su hijo.

Pero ya no era el mismo.

A los ojos de su hija, el Ling-Fu de otros tiempos había desaparecido definitivamente. Ahora, tras la muerte de su esposa, Ling-Fu se refugiaba en las cuentas, buscando ansiosamente la manera de poder olvidar lo que, en realidad, no olvidaba ni un solo instante.

Lanzando un suspiro, Luen-Su volvió a concentrar su atención en la silueta que veía a través de la luna del escaparate.

La niña que diez años antes abandonó, en compañía de sus padres, la ciudad de Hong-Kong, se había convertido en una

preciosa muchacha de seria y tranquila belleza, cabellos intensamente negros y ojos oblicuos, aunque no mucho, que habían contribuido poderosamente a hacer de ella una joven encantadora. Su padre, desde la llegada de la familia a los Estados Unidos, se había opuesto rotundamente a que Luen-Su trabajara en el circo.

Nada más llegar a Nueva York buscó un buen colegio para la niña, internándola allí hasta que, después, pudo ir a la Universidad, en la que había cursado la carrera de Ciencias Económicas.

El impulso que tuvo la empresa que su padre fundó en la ciudad de San Francisco, convenció a la muchacha de que debía dedicar su vida a ayudarle. Le quería con delirio, y había sufrido, aunque lejos, la lenta y penosa transformación de aquel hombre vivo, todo músculos, que había ido inclinándose poco a poco, en una vejez prematura.

La muerte de la madre incrementó el deseo de la joven, que ya no se separó un solo instante de Ling-Fu.

Luen-Su miró a los últimos clientes que las dependencias atendían. Desde donde estaba, oía el rumor lejano de las inmensas lavadoras que trabajaban incesantemente en el sótano, así como los golpes bruscos y el sonido del vapor que provenía de las máquinas de planchar.

Comprobando que había llegado la hora de cerrar, abandonó la caja, descendiendo a la tienda propiamente dicha, donde fue de un lado para otro, esperando que los últimos clientes se marchasen. Se acercó luego al dispositivo mecánico que actuaba los pestillos de los escaparates, cerrando después la puerta principal, ya que la dependencia salía por la de detrás.

Luego se dirigió al altillo de cristal donde estaba situado el despacho de su padre.

Antes de abrir la puerta, pegó su rostro al vidrio, mirando intensa y dolorosamente el rostro de Ling-Fu, que seguía inclinado sobre los gruesos libros de cuentas.

Durante unos instantes, Luen-Su se preguntó si tenía derecho a gozar de su propia vida, abandonando a aquel hombre que, estaba segura, terminaría por hundirse definitivamente si ella le dejaba.

El amor hacia su padre había coartado muchos de sus impulsos juveniles.

En vez de hacer como muchas de sus amigas de la Universidad,

que buscaron trabajo y se independizaron, o bien se casaron nada más terminar sus estudios, la joven Luen-Su se apartó un poco de aquel camino natural, concentrando todo su amor en la persona de su padre.

Ahora había conocido a Harry.

Experimentó una suave sensación interna, al pensar en el hombre del que se había enamorado en tan poco tiempo. Y de nuevo, como le ocurría cada vez que pensaba en ello, y más aún ahora que estaba mirando el rostro cansado de Ling-Fu, volvió a preguntarse, una vez más, si tenía derecho a disponer de su propia existencia cuando tenía ante ella al hombre que se había sacrificado totalmente por su bienestar.

A pesar de su larga estancia en los Estados Unidos, Luen-Su seguía siendo una muchacha china. Y llevaba en su interior todo el enorme respeto que los orientales sienten hacia sus mayores. Lanzando un suspiro, intentando alejar de su mente aquellas ideas que tanto daño le hacían, empujó la puerta, haciendo un poderoso esfuerzo para arrancar de su rostro la expresión apesadumbrada que reflejaba, consiguiendo entreabrir los labios con una sonrisa.

—¡Hola, papá!

Ling-Fu alzó los ojos hacia ella.

También se dibujaba en la mirada del hombre todo el intenso amor que sentía hacia su hija.

La verdad era que Luen-Su no le había dado motivo alguno que no fuera el de sentirse plenamente orgulloso de ella. En la escuela primero, luego en la Universidad, la muchacha había demostrado un entusiasmo maravilloso, obteniendo siempre magníficas notas.

También Ling-Fu, en aquellos instantes, pensaba si seguía teniendo derecho a modificar la magnífica trayectoria de la joven, que, en vez de trabajar en la tienda, habría debido proseguir sus estudios hasta doctorarse, convirtiéndose entonces en una persona importante.

«Me he convertido en un hombre débil —pensó tristemente el chino—, ahora la necesito como el aire que respiro».

—¿Has cerrado ya, pequeña?

—Sí. Como siempre, en las tardes del viernes, parece como si los clientes esperasen hasta última hora para venir a entregar o a recoger sus prendas. Por poco he tenido que empujarles para

hacerles salir.

El hombre sonrió.

—Los negocios siguen marchando bien, Luen-Su.

—Porque lo mereces, padre. Si este establecimiento se ha convertido en el mejor de la ciudad, ha sido por ti. No has ahorrado el menor esfuerzo, procurando siempre tratar al cliente con la máxima amabilidad. Al principio, ¿lo recuerdas? solo teníamos clientela oriental. Ahora, no solo servimos a los más importantes hoteles de la ciudad, sino que tenemos clientes americanos de primera categoría.

La sonrisa que flotaba en los delgados labios de Ling-Fu se cargó un tanto de tristeza.

—De todos modos —dijo seriamente—, no es este el lugar que yo hubiese preferido darte, pequeña.

—¡Qué cosas dices!

—Es cierto. Te has matado estudiando, y yo he cortado de raíz todos tus sueños. Pero la verdad es que he procurado hacer algo que te dejase fuera de todo peligro en este mundo hostil, el día que yo falte.

—Si te pones dramático, me enfado, papá —rio ella.

Ling-Fu sonrió también.

La muchacha dudó unos instantes. Luego, acercándose a su padre, se sentó en el borde de la mesa, acariciando con sus finas y delgadas manos el rostro del hombre.

—Quisiera salir un poco esta noche, papá.

Él la miró, entre preocupado y sonriente.

—¿El muchacho de siempre?

Ella se limitó a hacer un gesto afirmativo con la cabeza.

—No vuelvas demasiado tarde —dijo Ling-Fu—. Sabes que te estaré esperando.

—Dentro de un par de horas —dijo ella— estaré de regreso. ¿Necesitas algo de mí, papá?

—Me lo has dado todo, pequeña.

* * *

El elegante y uniformado criado se acercó a la mesa ocupada por los dos hombres, llenando de nuevo los vasos.

Luego, tan silenciosamente como había llegado, salió de la estancia.

Tonio Marini encendió un cigarrillo. Lo hizo tranquila y lentamente, como lo hacía todo. Sus gestos estaban cargados de suficiencia y había en su mirada, invariablemente, una densa carga de desprecio cuando la posaba sobre los demás.

Era un hombre alto, delgado, con un rostro huesudo y pie! ligeramente olivácea. La negrura de su cabello ensortijado y el color de su piel demostraban plenamente su origen siciliano.

No había en sus ojos la menor dosis de comprensión o de piedad.

Eran fríos, gélidos, moviéndose con la misma lentitud parsimonia que su dueño.

Miró al hombre que estaba sentado ante él a través de las volutas del humo de su cigarrillo.

El rostro de Charlie era completamente distinto al del siciliano. Todo lo que en aquel era pose y ficticia seriedad, estúpida superioridad, lentitud de movimientos y gestos, se convertía en la rapidez mímica de Charlie, de cuyos labios no se iba jamás la eterna sonrisa que flotaba siempre en ellos.

Por algo le llamaban Smiles Charlie, Charlie el Sonrisas.

A los ojos del italiano, sobre cuyas espaldas pesaba la responsabilidad de la organización en todo el este de los Estados Unidos, Charlie el Sonrisas era un «independiente».

Después de haber pasado unos años en la cárcel, Charlie, que había cambiado de nombre, tuvo que salir precipitadamente de los Estados Unidos, eligiendo como punto de destino la colonia británica de Hong-Kong.

Allí había estado durante los últimos ocho años, haciendo de todo. Y ahora, cuando por fin podía regresar a América, lo hacía «a lo grande». Había llegado en avión, en primera clase, junto a una buena colección de maletas llenas de objetos de arte y de trajes salidos de los mejores sastres del enclave británico en Asia.

Tras dar una nueva chupada a su cigarrillo, Tonio movió los labios muy despacio.

—Puede ser interesante —dijo con lentitud—, pero también ofrece sus peligros.

—Esa parte recae absolutamente sobre usted —replicó Charlie el

Sonrisas—. De la seguridad de lo que aquí ocurra será responsable la organización.

—Eso ya lo sé —replicó el italiano con cierta dureza en la voz—. Y no es asunto suyo. Pero he de tener en cuenta todos los factores de la operación.

—Lo comprendo.

—A primera vista, lo que usted acaba de proponerme puede resultar. Después de haber sopesado los pros y los contras, creo que el asunto nos interesa. Un espectáculo de esa clase es algo verdaderamente extraordinario. Pero, desdichadamente, no puede llevarse a cabo aquí, en los Estados Unidos.

—Con eso también contábamos nosotros —dijo Charlie.

—¿Nosotros? ¿Qué quiere usted decir?

La sonrisa de Charlie se convirtió casi en una mueca.

—No estoy autorizado a decir el nombre de las personas para las que trabajo —repuso—. Conozco los Estados Unidos, como usted sabe, pero puedo decirle que la policía de Hong-Kong es tan dura como la de aquí. Por eso tenemos que trabajar con muchísimo cuidado.

—Es cierto.

—De lo que no dudo en ningún momento —prosiguió diciendo Charlie—, es de que se pueden obtener cuantiosas sumas en esta operación, y no solamente en lo que se refiere al espectáculo propiamente dicho, sino en lo que podríamos denominar «actividades colaterales». Los viajes a Hong-Kong, los hoteles, los gastos generales, todo ello puede proporcionarnos un buen montón de dinero.

La mano pausada de Marini dejó el cigarrillo en el cenicero.

—Solo hay algo que quisiera puntualizar.

—Le escucho.

—Antes de movilizar todos nuestros esfuerzos, de iniciar una operación tan importante como la que este asunto requiere, la organización desearía comprobar con sus propios ojos la verdad de lo que usted me ha contado.

—Nada más fácil.

—¿De veras?

—Desde luego. Y me gustaría que fuese usted mismo quien viniese conmigo, a Hong-Kong, para que pudiese comprobar que le

he dicho la verdad.

—¿Le vería?

Charlie el Sonrisas regaló a su interlocutor una buena colección de ellas.

—Naturalmente. Es algo maravilloso, señor Marini. Algo único. Un espectáculo que no se puede olvidar cuando se ve.

Tonio se humedeció los labios con el extremo de la lengua.

—No es la primera vez que asisto a una pelea de kung-fu —dijo.

Charlie se encogió de hombros.

—Mucha gente ha visto el kung-fu, pero muy pocos han contemplado un combate a muerte.

—Es cierto.

—Hemos tardado mucho tiempo en preparar a ese hombre, señor Marini. Años de entrenamiento, llevados a cabo por un verdadero maestro, un hombre excepcional. Convertir a un ser humano en una máquina de matar, no ha sido cosa sencilla. Sobre todo, cuando se deseaba que esa poderosa máquina no fallase nunca. Afortunadamente, así ha ocurrido.

Tonio esbozó una sonrisa.

—Está usted poniéndome la miel en los labios —dijo.

—Es natural. Le aseguro que nunca habrá conocido una emoción como la que experimentará cuando vea una pelea de ese tipo.

—Pero, ese hombre portentoso al que usted elogia tanto, ¿no ha fallado nunca?

—¡Nunca!

Tonio torció el gesto.

—Es precisamente ahí donde mis dudas nacen —dijo—. También aquí, en los Estados Unidos, hemos organizado carreras pugilísticas con hombres que no fallaban nunca. Y no fallaban, naturalmente, porque sus oponentes no poseían su categoría. No olvide usted que somos maestros en los combates trucados.

—Eso no tiene que ver nada con lo que yo le propongo, señor Marini. Aquí no se trata de «tongo». Todo lo que ocurre sobre la lona es realidad, cruel, pero verdadera realidad. Además, los oponentes de nuestro hombre son siempre luchadores de primera categoría. No niego que, al principio, tuvo que entrenarse con todo lo que se ponía al alcance de nuestra mano. Eran los cobayas de la operación. Pero tampoco nosotros podíamos mostrarnos satisfechos

de lo que ocurría en la lona. Por eso empezamos a buscar oponentes de verdadera categoría. Teníamos que demostrarnos a nosotros mismos que todo el trabajo hecho con ese hombre no había sido en vano. Y él lo ha demostrado sin la menor duda. En ninguna ocasión, fíjese bien que digo en ninguna ocasión, nos ha defraudado.

—¿Quiere decir eso que siempre acabó con su oponente?

—Acabó no es la palabra justa, señor Marini. En cada combate, mató a su oponente.

—Acabó no es la palabra justa, señor Marini. En cada combate, mató al contrario.

—Debe ser una criatura extraordinaria.

—Lo es, desde todos los puntos de vista. Ya le he dicho antes que era una máquina perfecta para matar. Una verdadera joya, señor Marini.

—Empiezo a estar de acuerdo con usted.

—Eso esperaba. Ya sé que tiene usted que consultar el asunto. Yo estoy en el Maryland, habitación doscientas veintidós. Estaré allí, esperando a que usted termine sus consultas. En cuanto sepa algo concreto, le ruego que se ponga en comunicación conmigo.

—Así lo haré.

CAPÍTULO II

—¡Hola, Harry!

—¡Hola, pequeña! ¿Todo bien?

Ella le miró, sonriendo.

—Un día como los otros, Harry. Un día largo, cansado, de mucho trabajo, con los nervios siempre a flor de piel.

—Yo también he tenido un día muy ajetreado. Y, como tú, Luen-Su, he estado trabajando en algo que no me gusta.

—¿Por qué dices eso? —protestó ella con una cierta vehemencia en la voz—. Me complace mucho el trabajo que hago.

—No seas embustera —rio él—. Igual me ocurre a mí. ¿Adivinas lo que he hecho?

Ella se encogió de hombros.

—Es muy sencillo, Harry. Apostaría cualquier cosa a que te estás ocupando de un asunto de divorcio.

—¡Has dado en el blanco!

—El mundo en que vivimos está loco, Harry. Perdóname que te lo diga con tanta franqueza. Pero a pesar de todo el tiempo que llevo en América no llego a comprender ciertas cosas.

—Tampoco las comprendo yo y he vivido y nacido aquí —replicó él—. La gente carece del sentido de responsabilidad. Hoy se casan, mañana se divorcian, pasado mañana vuelven a casarse y, a partir de ese instante, ya están pensando en divorciarse de nuevo.

Ella entornó los ojos.

—En mi tierra —dijo hablando lentamente—, las cosas no son así.

Él se echó a reír.

—¿Y por qué crees que me he enamorado de ti, pequeña? Si no hubieras aparecido tú en mi vida, me hubiera quedado soltero el resto de mis días.

—¡Embustero!

—Hablo en serio, Luen-Su. Creo que empiezas a conocerme. A mí me gustan las cosas serias. Y sobre todo, en lo que se refiere a la que tengo que elegir como compañera de mi vida. Igual me pasa en

el trabajo, aunque desgraciadamente no he conseguido aún hacer lo que me gusta…

—Ya lo conseguirás. ¿Dónde vamos, Harry?

—Tenía un plan muy especial para hoy, amor mío: una cena rápida en alguna cafetería y luego al pequeño *Sport Palace*.

—¿Hay algo extraordinario en ese lugar?

—Una sesión de kung-fu.

La muchacha le miró con curiosidad, una sonrisa divertida a flor de labios.

—No sabía que el kung-fu te interesara.

—Todo lo chino me interesa, Luen-Su. Hablando en serio: de todas las artes marciales, esa es la que siempre me ha atraído más. No sé por qué, pero es así.

Ella se inclinó levemente, sin dejar de sonreír.

—El primer deber de una joven china —dijo— es obedecer al hombre que va a convertirse en su esposo.

Harry le guiñó un ojo.

—¿Te das cuenta, preciosa, de por qué te elegí?

Se echaron a reír, y Harry, cogiéndola por el brazo:

—Anda, vamos. He aparcado el coche aquí cerca.

* * *

El teniente Templeton, subjefe de la 99.ª comisaría de la ciudad de San Francisco, encendió parsimoniosamente su vieja pipa. Mientras, el sargento Clark Lower, sentado al otro lado de la mesa del despacho, con su eterna colilla apagada entre los labios, se pasaba la mano por el mentón, donde la barba de dos días producía un ruido de lija.

—No hay droga, Clark —dijo el teniente tras haber conseguido encender su cachimba.

—¿Qué han dicho los de la Brigada de Estupefacientes?

—Han afirmado que nuestro amiguito no parece haber venido a vender heroína.

—Viene de Hong-Kong.

—Ya lo sé. Tampoco ignoro que siempre ha trabajado en eso. Compraba el opio en Oriente y lo vendía aquí, aunque lo enviaba primero a Francia. Para su industrialización, se sobreentiende.

—Ya.

—Es verdad que se ha visto con ese sinvergüenza de Marini. Pero los de la Brigada afirman, esa gente siempre afirma, que la organización está suficientemente abastecida para los próximos tres meses.

—A nadie le amarga un dulce.

—¿Quieres decir que Charlie el Sonrisas ha podido proponer a Tonio un envío a bajo precio?

—Sí.

—Es posible, pero eso no es de nuestra incumbencia, Lower. Lo que a nosotros nos importa es saber si el Sonrisas se trae entre manos algún otro sucio asunto.

—Puedes apostar la vida a que sí.

—Lo sé…

—Ahí está el quid. ¿Qué diablos ha venido a hacer a los USA? Llevaba un montón de años sin aparecer por aquí, al menos en San Francisco. Y ahora, de repente, aparece convertido en un hombre elegante y con «pasta», alojándose en el Maryland y llevando trajes de doscientos «pavos».

—Es posible que los sastres sean más baratos en Hong-Kong.

—Eso importa poco. Nada más llegar, tras hacer el viaje en primera clase, en avión, se va a uno de los mejores hoteles y alquila un coche de categoría.

—Un Cadillac de este año, 1970, azul claro, matrícula 237. 583. Cal —recitó el sargento.

—Y su primera visita la hace a Tonio Marini, el mafioso número uno de la Costa Oeste.

—¿Se conocían?

—Que yo sepa, no. Pero ahora se conocen. Es posible que alguien, en Oriente, le recomendase al siciliano.

—Más que posible, es seguro. ¿Te ha dicho alguna cosa especial Elliot?

—¿El detective del Maryland? Poca cosa sabe, el pobre. No obstante, asegura que el Sonrisas no va a quedarse más que una semana: así lo dijo al recepcionista.

—¿Luego se larga pasado mañana?

—Así es.

—Fuera de la visita que ha hecho a Marini, se ha paseado y

comprado un montón de cosas, caprichos de nuevo rico.

—Es cierto.

—¡Si tuviese plenos poderes!

Clark sonrió. Era un hombre macizo, de fuertes músculos, con la cara marcada por la viruela. Tenía un cabello de color pajizo que llevaba cortado muy corto. Sus ojos eran grises, inquietos y movedizos como bolas de mercurio.

—Si tuvieses plenos poderes —sonrió—, ¿qué harías, teniente?

—Seguir a Charlie.

—¿Hasta dónde?

—Hasta el mismísimo Hong-Kong.

Clark se echó a reír.

—¡No es moco de pavo lo que pides, Harold! Seguro que no te atreverías a proponérselo al capitán Mac Namara.

—¡Ni borracho!

—Entiendo. ¿Has calculado lo que costaría seguir a él Sonrisas?

—No. Se me habría vuelto a abrir la úlcera de estómago. ¡Pero sería la solución, te lo aseguro. Charlie no hace un viaje como ese para visitar el puente de San Francisco. ¡Algo se lleva entre manos, ese sucio bastardo!

—Pides la Luna, teniente. Además, del montón de pasta que costaría poner a alguien tras las huellas de ese tipo, necesitarías un hombre que hablase chino, a menos que incluyeses en los gastos de misión los de un intérprete.

Templeton lanzó un doloroso suspiro.

—Lo tenía pensado todo, Lower. Incluso tenía al hombre capaz de hacer eso.

—¡No me lo digas! Lo adivino, Harold. ¿A que habías pensado en el hijo de Gary?

—Sí.

—Pues olvídalo. Si hay algo que agrie más el carácter del capitán, si es posible eso, es que le nombres algo relacionado con Gary Morrison.

—Lo sé. Su hijo Harry no tenía entonces más de quince años, pero fue capaz de darle un puñetazo cuando osó presentarse al entierro de su padre.

—Fue la única vez que alguien se atrevió a cruzar la cara a Mac Namara. ¡Valió la pena verlo! Es una de las cosas que no olvidaré

mientras viva.

—Lo merecía. Yo no sé qué diablos ocurrió entre él y Gary, incluso desde el principio. Desde luego, y eso lo sabe todo el mundo, Gary, el padre de Harry, era un hombre dotado de una formidable inteligencia. Y nadie duda tampoco que hubiese llegado muy lejos, más lejos incluso que el capitán, si no le hubieran hecho marranada tras marranada.

—¿Por qué no especificas? Todas las cochinadas partieron de Mac Namara.

—Es cierto. Gary habría sido un inspector de primera, de lo mejorcito de la policía de San Francisco. Pero los veinte años que estuvo entre nosotros no le sirvieron más que para morir ostentando los galones de sargento.

—¡Y qué muerte! Fue en Crowed Street, lo recuerdo como si fuese hoy. Aquella sucia pandilla de negros drogados hubiesen merecido que se enviase media docena de coches patrulla.

—Pero Mac Namara no lo hizo. Llamó a Gary y le dijo: «Usted es un hombre hábil, Morrison. Vaya y tráigame a esa pandilla de desgraciados gamberros. Están armando tal escándalo que hemos recibido treinta llamadas en menos de media hora».

—Sí. Gary estaba acostumbrado a obedecer. Además, estaba tan lleno de bondad y de confianza, que debió creer a pies juntillas que se trataba de una misión de rutina. ¿Cómo podía imaginar que aquellos locos estaban armados hasta los dientes y llenos de instintos homicidas?

El teniente se puso muy serio.

—¿Recuerdas que alguien dijo que el capitán había enviado un coche patrulla a aquel lugar, media hora antes?

—Sí, corrió ese rumor. Alguien dijo, en efecto, que Gerad Olsen y Frank Cummings habían inspeccionado el lugar de los hechos. Comunicaron que «la cosa no estaba clara».

—Sí, ya lo sé. Pero luego olvidaron lo que habían dicho, y nadie volvió a hablar de aquella primera patrulla enviada a Crowed Street.

—Olsen y Cummings ascendieron… y fueron enviados a Narcóticos.

—Sí. En contra de lo que la historia dice, «Roma paga siempre a los traidores».

Hubo un largo silencio. Luego, Clark alzó la cabeza, sin despegar la colilla de su labio inferior.

—Olvida tus sueños, teniente.

—Los he olvidado tan completamente que he ordenado que se deje de seguir a Charlie.

—¿De veras que has sido tú quien ha dado esa orden? —preguntó el sargento con malicia.

Las mejillas de Harold enrojecieron.

—No. Ha sido el capitán. Me ha dicho claramente que el asunto de el Sonrisas y de Marini compete exclusivamente a los de Narcóticos.

—¿Y no es verdad?

Templeton le fulminó con la mirada.

—¡Bien sabes que no, imbécil! Estás tan seguro como yo de que Charlie ha olvidado la droga. Demasiado peligroso para un hombre como él. Y lo diga o no ese bastardo de Mac Namara, el Sonrisas está urdiendo algo muy gordo. ¡Daría la mitad de mi sueldo por poder seguirle hasta Hong-Kong!

—Y yo agregaría mis pobres ahorros —suspiró Clark—. Doscientos dólares con setenta y cinco centavos… para ser exactos.

* * *

Cuando se sentaron en las sillas de pista, el primer combate estaba tocando a su fin.

Se trataba de dos luchadores, no de la máxima categoría, pero impetuosos y decididos, como suele ocurrir con los principiantes.

Uno de ellos era negro.

Desde el primer momento en que concentró su atención sobre lo que ocurría en la pista, Harry se percató de que el «moreno» llevaba las de ganar.

A cada embestida, cuando de la boca de los luchadores brotaba el clásico grito de aviso, el muchacho de color se lanzaba con todas sus fuerzas, proyectando sus ágiles pies hacia el cuerpo del adversario.

Por el contrario, el otro prefería visiblemente los golpes dados con el canto de la mano. Y más de una vez alcanzó el tobillo de su adversario, haciéndole perder el equilibrio en pleno salto.

Harry se inclinó hacia la muchacha.

—Les falta peso —murmuró al oído de la china—. Y no me refiero al «peso» tal y como se entiende en boxeo, sino a la potencia del golpe.

—Sí, ya lo veo.

—La gente cree, generalmente, que solo la agilidad juega un papel importante en el kung-fu. Eso no es cierto. Una mano o un pie convenientemente entrenado para partir un haz de maderas o un grupo de ladrillos en fila, puede llegar a poseer la fuerza de la pata de una mula y obtener resultados equivalente a la coz de uno de esos animales.

—No es muy agradable lo que dices.

—Pero es cierto. He venido con frecuencia a este lugar, cariño. Y he conocido personalmente a luchadores excelentes. Además del tremendo desarrollo de los reflejos, de la rapidez en los movimientos y de un conocimiento perfecto de los «puntos anatómicos débiles», han de contar con la fuerza del golpe, tanto como con la precisión.

—¡Mira, el blanco ha logrado derribar de nuevo a su oponente!

En efecto. Olvidando lo precario de su equilibrio, mientras saltaba, el negro, que había atacado con el pie a su contrario a la altura del pecho, recibió un golpe de mano en la pierna, desplomándose como una masa inerte.

—Está perdido —dijo Luen-Su.

—No lo creo —sonrió Morrison.

No se equivocaba.

Apenas había tocado el suelo, el negro se apoyó en la espalda, girando velocísimamente sobre sí mismo. Su pierna derecha se distendió bruscamente, alcanzando con el pie el cuello del blanco, seguramente muy cerca de la carótida.

Poniéndose bruscamente pálido, el luchador empezó a titubear, cayendo de rodillas, para luego deslizarse hacia la lona, donde quedó inmóvil.

La chica torció el gesto.

—No me gusta nada esto, Harry.

—Nos iremos.

—No quisiera que te perdieses el combate importante.

—Es igual...

Ella le apretó la mano que tenía presa en la suya.

—No seas tonto. Resistiré un poco.

Momentos después, los nuevos luchadores salían a la lona.

—Hoy tenemos el honor de ofrecer a ustedes —dijo el presentador— a Rolf Hallison, campeón del estado de California, que va a enfrentarse con Julius Totterman, actual campeón de kung-fu de la Costa Oeste.

La mirada de Harry se sintió atraída por el campeón de la Costa, y no fue su aspecto lo que le llamó la atención, sino el duro y acerado brillo de sus ojos, y una especie de seguridad que emanaba de su persona.

Era tan delgado como su oponente, pero Morrison se percató de la tremenda energía y violencia que parecía surgir de cada uno de sus gestos.

Nada más empezar el combate. Harry presintió que iba a durar muy poco tiempo.

Después de los gritos de ritual, Rolf se lanzó, propinando una serie de golpes con el canto de la mano y los pies, en rápidas piruetas, girando sobre sí mismo como una peonza.

Totterman no se movió.

Encajó serenamente los golpes, moviéndose lo justo para poder pararlos.

Luego, cuando Hallison dejó de girar, se limitó a lanzar su mano abierta, pero de canto, sobre la frente de su adversario.

El campeón de California se desplomó como un toro que acaba de recibir la puntilla.

Pálida, la muchacha se agarró al brazo de su prometido.

—Vamos, Harry. No puedo más.

—¡Un momento!

También Morrison se había puesto pálido. Sus ojos no se fijaban en los luchadores. Tenía la mirada clavada en un rostro, el de un hombre sentado al otro lado de la pista. El vencedor, entretanto, atendía deportivamente al caído.

—¿Qué te ocurre?

—Nada, querida. Vamos.

Salieron.

Morrison no despegó los labios hasta que hubieron subido al coche.

—Voy a llevarte a casa, Luen-Su.

—Pero, ¿qué te ocurre? —inquirió ella frunciendo el ceño—. ¿Has visto a alguien?

—Creo que sí.

—¿A quién?

—No estoy seguro. Ya sabes, cariño, que mantengo excelentes relaciones con los viejos amigos de mi padre, especialmente con el teniente Templeton y el sargento Lower. A menudo voy a la 99.ª comisaria.

—¿Y bien?

—Hemos pasado muchos ratos en los archivos de la policía. Ya sabes que ese es el trabajo que me habría gustado hacer… aunque por nada del mundo quisiera conocer lo que mi padre conoció.

—Ya lo sé…

—Pues bien: hace unos momentos he visto a alguien cuya cara me recuerda algo. ¿No te molestará que vaya a ver a esos amigos, Luen-Su?

—¡Naturalmente que no! Además, ya sabes que no quiero dejar a mi padre demasiado tiempo solo.

—Eres un ángel. Perdona si lo has pasado mal.

—No me gusta la violencia, Harry. Lo sabes. Además, todas esas piruetas me recuerdan siempre a mi hermano. Es como si le estuviese viendo. Más de una vez le dijeron a mi padre que Yien-Mi sería un magnífico luchador de kung-fu.

—No te tortures más, querida.

—No podemos olvidarlo, ni mi padre ni yo, Harry. ¡Era un chico maravilloso!

—Te creo.

—Ahora tendría veintidós años…

Bajó la cabeza, intentando vanamente vencer las lágrimas que ya brotaban de sus ojos.

Lanzando un suspiro, Harry aceleró.

CAPÍTULO III

Harold y Clark asintieron al mismo tiempo con la cabeza.

—Charlie el Sonrisas.

Templeton cerró el libro de fotos, volviéndose hacia Harry.

—¿Así que le viste en el *Sport Palace*?

—Sí. Estaba en primera fila, frente a nosotros.

Lower se quitó la colilla apagada, poniéndola en una de las comisuras de su boca.

—¿Cree usted que le interesaba algo, particularmente, del espectáculo? —preguntó Harry.

—Seguro, hijo —repuso el sargento—. Y daría cualquier cosa por saber lo que era.

—Yo también —dijo el teniente.

Lower se echó a reír.

—Cuando pienso que querías enviar a Harry tras ese bastardo.

Morrison miró a los dos hombres con una luz interrogativa en los ojos.

—No entiendo —dijo.

Poniendo una de sus macizas manos en el hombro del joven, Harold le explicó, con voz emocionada, su alocado proyecto.

—Hacía seis años que ese granuja no venía por los *States* —dijo —. Y como bien ha dicho Clark, Charlie no es de los que hacen un viaje turístico.

—Comprendo.

—Al principio, cuando supimos que había llegado a San Francisco, pensamos inmediatamente que se traía entre manos algo relacionado con la droga. Su visita, nada más llegar, a Tonio Marini parecía reforzar esta hipótesis, pero los de Narcóticos afirman, ellos siempre afirman, rotundamente, que no se ha anunciado ninguna llegada de droga a los Estados Unidos.

—¿Cómo pueden saberlo?

—Siempre lo saben, Harry. Trabajan, no lo olvides, con la Interpol, y esta rama, en Francia, tiene confidentes entre los que preparan la droga.

—¡Y, sin embargo, la pasan! —se asombró Morrison.

—Sí, eso ocurre la mayoría de las veces. La información que reciben los de Narcóticos se limita a ponerles sobre aviso que un envío está en camino. Pero de ahí a saber a qué lugar del país arribará, y de qué manera…

—Además —dijo el sargento—. Charlie no se ha relacionado con la llegada de droga a los Estados Unidos. Ha trabajado en el asunto, pero en Hong-Kong, comprando seguramente la materia prima a los chinos.

—Ya veo.

—No —resumió el teniente—. La llegada de Charlie no tiene que ver nada con la droga… ¡y eso es, precisamente, lo que me quita el sueño!

—Por eso se le ocurrió a Templeton —dijo Lower— que lo mejor sería seguir al Sonrisas. Hong-Kong es «su terreno», y allí debe moverse como pez en el agua.

—Desde luego. Pero, ¿qué diablos ha podido venir a ofrecer a un granuja como Marini?

Templeton lanzó un suspiro.

—¿Quién sabe? Pero, ¿para qué vamos a rompernos la cabeza con ese asunto? Mientras tengamos como jefe a un hombre del tipo del capitán Mac Namara, no habrá nada que hacer.

Al oír el nombre del capitán, Harry se puso tenso, sintiendo cómo, bajo su piel, se contraían dolorosamente todos sus músculos.

—Tengo que irme —dijo de repente.

* * *

¿De dónde le venía aquella loca idea?

Sabía ciertamente, que por su sangre corría, como había corrido por la de su padre, el amor a la investigación: una pasión delirante, incoercible.

Pero, de eso a sospechar que…

Siempre, desde que conoció a Luen-Su, había pensado de la misma manera. Pero nunca se atrevió a hacer partícipe a la muchacha de sus febriles elucubraciones.

¿Cómo podía estar tan seguro de lo que estaba pensando?

Mientras esperaba la luz verde de un semáforo, le pareció oír la

voz de su padre.

«Un policía, hijo mío, es ante todo un hombre dotado de una poderosa intuición. Sin ella, más vale que se dedique a otra cosa. Como decían los antiguos policías, es el "el olfato" lo que determina la cualidad de un buen "sabueso". Y te aseguro que cuando un verdadero policía tiene algo en la cabeza, por muy loco y fantástico que parezca, siempre hay una verdad al final del camino».

Apretó el acelerador.

—¡Cielos! —se dijo a sí mismo en voz baja—. He estado dando vueltas como un tonto toda la noche. He recorrido la ciudad cuatro veces de punta a punta. Estoy cansado, hecho polvo, pero no podría dormir, lo sé, ni siquiera en un lecho de plumas.

Se había hecho de día.

Los camiones cisterna regaban las empinadas calles de la ciudad.

Poco a poco, el tráfico aumentó, como formidables montones de chatarra, los tranvías subían por las ásperas pendientes.

El coche le condujo misteriosamente, deteniéndose ante el establecimiento de la lavandería, como si un oscuro destino le llevase allí.

Tuvo que esperar veinte largos minutos hasta que abrieron.

Ling-Fu y su hija vivían en la primera planta, encima del establecimiento.

Cuando las puertas se abrieron y los primeros y matinales clientes penetraron en la tienda, Harry se coló entre ellos, dirigiéndose directamente hacia el lugar en el que se encontraba Luen-Su, detrás de la brillante registradora.

Ella le miró, con la sorpresa pintada en el rostro. Y en voz baja:

—¿Qué haces aquí, Harry? ¿Ocurre algo?

—Quiero hablar con tu padre.

Ella sonrió.

—Ya lo hiciste, querido. Hace tres meses... ¿o lo has olvidado?

—No es eso, Luen-Su. Deseo hablar con él de un asunto muy serio.

La joven hizo un gesto hacia el altillo transparente.

—Allí lo tienes, Harry. ¿No quieres decirme de qué se trata?

—Después.

—Como quieras.

Harry se dirigió hacia la escalera de caracol que daba acceso al

elevado despacho del señor Ling-Fu. Antes de golpear discretamente la puerta de cristal, vio que el padre de Luen-Su estaba, como siempre, inclinado sobre los libros.

Al oír los golpes del visitante, el chino alzó su rostro, mirando por encima de las gafas a la puerta. Al reconocer a Harry, le hizo un gesto amistoso con la mano, invitándole a entrar.

—¡Vaya sorpresa! —exclamó, tras haber estrechado la mano de Morrison—. ¿Qué te trae por aquí tan de mañana? Pero, siéntate, por favor.

Harry, presa de una visible inquietud, nervioso, se sentó frente al hombre.

—¿Y bien? —insistió este—. Espero que nada malo ocurra que justifique esa visita tan temprana.

—No, no ocurre nada malo, señor Ling-Fu.

—¿Entonces?

—Desearía hablar con usted.

—Habla, muchacho. Te escucho.

Harry se mordió nerviosamente los labios.

—¿Puedo fumar?

—¡Desde luego! Lamento no tener nada que ofrecerte en ese aspecto, ya que, como sabes, yo no fumo.

Morrison sacó su paquete de cigarrillos, extrayendo uno, que encendió, con sus propias cerillas, y con una mano que temblaba un poco.

—Es algo un tanto delicado… —empezó diciendo el joven.

—¿Referente a Luen-Su? —inquirió el oriental frunciendo el ceño.

—No. Mis relaciones con su hija siguen siendo tan maravillosas como siempre y espero convertirla en mi esposa en la fecha fijada.

—¡Perfecto!

—Se trata de su hijo.

Alrededor de los ojos oblicuos, aparecieron miles de arrugas, dando al rostro de Ling-Fu el aspecto de una máscara dotada de expresión dolorosa. Al entornar los párpados, las pupilas adquirieron un tamaño minúsculo, como dos puntos intensamente brillantes.

—¿Mi… hijo? —balbuceó.

—Sí. No sabe lo que lamento tener que abordar este tema, pero

no tengo más remedio.

—Yo preferiría que no hablásemos de ello.

—Lo sé, señor. Pero permítame decirle que yo también tuve un padre, bueno y honrado como usted, un hombre que me quería a rabiar y con el que vivía solo, ya que mi madre murió al traerme al mundo.

—Es muy triste.

—Mi padre era policía, señor Ling-Fu: un hombre lleno de entusiasmo por su profesión y dotado de una inteligencia que le hubiera permitido llegar muy lejos.

—No lo dudo.

—Pero también a mi padre le ocurrió una desgracia. Alguien, envidioso de él, impidió su ascenso por todos los medios, cerrándole las puertas de los laboratorios de investigación, en los que mi padre hubiera sido el más feliz de los hombres.

—Comprendo.

—Luego, no contento con eso, envió a mi padre a la muerte. Lo envió solo, señor Ling-Fu, sabiendo que los desalmados a los que le habían ordenado detener... le matarían.

—Hay muchas serpientes venenosas en el mundo, hijo.

Interiormente, Harry agradeció de todo corazón el que Ling-Fu le llamase así: hijo era una palabra que no había escuchado dirigida a él hacía mucho, demasiado tiempo.

—¿Puedo seguir hablando?

Pareció como si el chino hubiera recuperado toda su sangre fría; se puso un poco tenso, eso sí, pero una triste sonrisa, a pesar de ser triste, puso un poco de calor en sus mejillas.

—Desde luego.

—Nada más conocer a su hija, ella me contó lo ocurrido en Hong-Kong, poco antes de que ustedes vinieran a los Estados Unidos. A partir de entonces, tuve la rara intuición de que yo sería capaz de encontrar a Yien-Mi.

El chino no despegó los labios.

—Ya sé que puedo parecerle presuntuoso, lleno de vanidad y que a mis años no debería hablar de este modo. Pero no soy yo el que hablo, señor Ling-Fu: es la voz de mi padre que me repite mil veces que no debe uno dejar de lado una intuición. ¿Me entiende?

—Sí.

—Para conquistar a su hija, señor, aprendí chino en tres años. No es que sepa mucho, pero ella y yo podemos entendernos con cierta facilidad.

—Sé que hablas muy bien nuestra lengua, Harry. Luen-Su me lo ha dicho, y ella no exagera nunca.

—Pues bien: creo que en estos momentos se presenta la gran ocasión para intentar lo que deseo. Voy a hablarle de algo que no tiene relación alguna con su hijo y que ni siquiera le interesa a usted, pero necesito explicárselo.

—Adelante.

Morrison le hizo un relato detallado de todo lo que se relacionaba con Charlie el Sonrisas y del interés que los elementos sanos de la policía de San Francisco tenían en descubrir, siguiendo al delincuente, algo que explicase satisfactoriamente su llegada a la ciudad.

—Yo no he estado nunca en Oriente, señor. Pero estoy convencido, aunque no sea más que por pura intuición, de que podría intentar algo positivo para encontrar a Yien-Mi.

—Mi hijo desapareció hace diez años, Harry.

—Lo sé. Y también sé que, lógicamente, usted piensa lo peor. Pero algo, aquí dentro —dijo golpeándose el pecho—, me dice que sigue vivo.

—Sería maravilloso.

—Nadie me conoce en esa lejana ciudad, señor Ling-Fu, tengo suficiente experiencia policial como para llevar a cabo una investigación seria.

—Pero —objetó el oriental—, yo creo que habrías de dedicar todo tu tiempo a aclarar la conducta de ese Charlie.

—No todo mi tiempo, señor. Trabajaría sin descanso, día y noche. Además, el Sonrisas debe estar relacionado con todos los bajos fondos de Hong-Kong, y no sería extraño que, al seguirle, descubriese cosas relacionadas con su hijo.

Ling-Fu asintió.

—Me conmueven tus buenos deseos, Harry. Pero, hablemos claro. ¿Cuál es el verdadero motivo que te ha hecho venir a verme?

—Necesito dinero para el viaje... y lo demás. Si el jefe de la policía de la 99.ª no fuese quién es, podría haber obtenido fondos de la Municipalidad.

—No hablemos de eso. La más remota esperanza de volver a encontrar a Yien-Mi sería suficiente como para que me desprendiese hasta de mi último centavo. ¿Cuándo piensas irte?

—Pasado mañana, en el mismo avión en el que ese delincuente se va.

—Bien. Telefonearé a mi banquero ahora mismo. Haré que transfieran fondos suficientes a la sucursal de la *National Bank* en Hong-Kong. Tendrás un talonario de cheques y podrás disponer libremente de cuanto necesites.

Una oleada de calor inundó el pecho del joven.

—Le juro a usted, señor...

Alzando la apergaminada mano, el chino cortó la frase de su visitante.

—No jures ni prometas nada, hijo. Tu buena voluntad es suficiente para justificar lo que deseas. ¿Sabe algo mi hija?

—Todavía no.

—Anda y explícaselo. Esta tarde y mañana, todo el día, la dejaré en completa libertad para que estéis juntos.

—Gracias.

—¡El Señor te bendiga, Harry!

* * *

Completamente seguro de que nadie le seguía, Charlie detuvo su flamante vehículo al final de Sunset Avenue. Antes de descender del coche, echó una ojeada a los edificios que se alzaban a uno y otro lado de la amplia avenida.

Sacando su agenda, la consultó un instante, y leyó en ella que el hombre con el que se había citado vivía en el 1038-B, piso 16.°, puerta M.

Recorrió con paso firme la distancia que le separaba del portal y, tras estudiar el casillero de inquilinos, tomó el ascensor que le condujo, instantes más tarde, a la 16.ª planta. Después de avanzar por un largo pasillo, pulsó el botón del timbre que había en la puerta marcada con una gran «M» dorada.

Debían estar esperándole, ya que la puerta se abrió enseguida. Una muchacha pelirroja con ojos verde claro, le miró sonriente.

—¿Sí?

—Estoy citado con Totterman.

—¿Es usted Charlie?

—El mismo.

—Julius le está esperando. Tenga la amabilidad de pasar.

Esperó en el pasillo a que la pelirroja cerrara la puerta. Ella le precedió entonces, haciéndole entrar, al final del corredor, en un amplio salón lujosamente amueblado.

Totterman, que estaba vestido con un sencillo chándal, se levantó del sillón que ocupaba.

—Es usted puntual.

—Siempre lo soy.

Charlie hizo un gesto hacia la muchacha.

—Tenemos que hablar solos, Julius.

—¡Sí, desde luego! Anda, cariño, ve a la cocina y prepara algo para los tres, pero no vengas hasta que yo te llame, ¿entendido?

—Perfectamente —dijo la pelirroja abandonando la estancia y cerrando la puerta.

—Tome asiento, por favor.

Charlie ocupó un sillón frente al del luchador; una hermosa mesita de cristal negro les separaba. Antes de empezar a hablar, el visitante sacó una pitillera de platino de la que extrajo cuidadosamente un cigarrillo. Un mechero de oro macizo le sirvió para encenderlo.

—Anoche pudimos hablar muy poco —dijo.

—Ya lo sé. ¡Con todos aquellos periodistas! Pero es el precio de la fama, señor...

—Puedes llamarme sencillamente Charlie.

—*Okay*, Charlie.

—Lo que tengo que proponerte —siguió diciendo el visitante— es, sin duda, el mejor y más lucrativo combate que hayas celebrado jamás. Veamos, sinceramente, ¿cuánto cobraste anoche?

—Mil dólares.

—Me lo imaginaba. Una miseria para el hombre que tú eres. ¿Qué te parecería si te digo que puedes cobrar, por un solo combate, doscientos mil pavos?

Totterman se atragantó.

—¿Cuánto... ha... dicho... usted?

—Doscientos mil dólares por un solo combate. Gastos extra,

aparte.

—¡Es imposible! ¡Se está usted burlando de mí!

—Yo nunca me burlo de nadie, Totterman. Llevo conmigo el contrato. Si aceptas, no tendrás más que firmar. Y si lo haces, te daré en este mismo acto un cheque por cincuenta mil dólares, con lo que tendrás para pagar el viaje…

—¿Qué viaje?

—El que te llevará hasta Hong-Kong, donde ha de celebrarse el combate, dentro de un mes.

—¿Honk-Kong? ¿Por qué tan lejos? Además, allí, en Oriente, hay maravillosos luchadores. ¿Por qué hacer ir a uno de San Francisco?

—Porque eres muy bueno, y además, campeón. Ahora, si no te conviene…

—¡No he dicho que no me convenga, señor… digo, Charlie!

—Bien.

—Comprenda que esa cantidad me ha dejado patidifuso. Es algo que no hubiera logrado ganar en todo lo que me queda de vida.

—Lo sé.

—Entonces, concretando… esos doscientos mil serán el pago del combate.

—Así es.

—Y los gastos generales…

—Están incluidos en los cincuenta mil que te daré a la firma del contrato. Con ellos tendrás dinero suficiente para vivir lo que falta hasta el momento del viaje y pagar tu pasaje en avión.

—Sí, pero…

Adivinando lo que iba a decir, Charlie le cortó en seco.

—Irás solo, Julius, absolutamente solo. Y otra cosa: no dirás a nadie ni una sola palabra de esto. Ya conoces a los periodistas, si te vas de la lengua, lo sabré enseguida y no solamente anularé el contrato, sino que vendré a buscar los cincuenta.

Julius se irguió, pero solo un momento. El P38 que apareció, como por ensalmo, en la mano derecha de Charlie, le cortó *ipso facto* los arrestos.

—Yo no soy un luchador de kun-fu, Totterman —sonrió Charlie —, pero puede decirse que nací con un cacharro de estos en la mano. Ya ves que lleva silenciador. Ahora ya sabes con qué clase de gente te las vas a jugar. Si obras lealmente, ganarás una verdadera

fortuna… Y sí, además, ganas, te prometo un combate al mes por esa misma cantidad. Casi dos millones y medio de «pavos» al año…

—¡Acepto!

Charlie se guardó el arma.

—Sabía que eras un hombre de palabra. Anda, firma el contrato. Te daré el cheque…

Todo se hizo en menos de un minuto.

Charlie se puso en pie.

—Ahora, ya puedo irme.

—Pero y lo que está preparando Peggy…

—¿La pelirroja?

—Sí.

—¿Quién es? ¿Tu novia?

—¡Oh, no, Charlie! Es una amiga, sencillamente una amiga.

—Cierra el pico ante ella. Las mujeres no proporcionan más que disgustos si no sabes domarlas desde el principio. ¿Entendido?

—¡*Okay*!

CAPÍTULO IV

El teniente Templeton se dejó caer en el sillón giratorio de su despacho.

—Me alegra que tengas tan buen humor por la mañana, Clark — le dijo al sargento que, a aquella hora, encendía el único cigarrillo que se fumaría de verdad hasta mediodía.

Tras lanzar una bocanada de humo, Lower dijo:

—Es cierto, teniente. Pero te aseguro que no lo tenía al despertarme. ¡Imagínate! Nada más abrir los ojos, la «parienta» me dice que se ha estropeado el grifo del baño, pidiéndome a continuación quince pavos.

—No es lo que se dice un despertar risueño.

—En efecto. Pero después, llego aquí y me encuentro a Harry Morrison en la puerta.

—Y va él y te cuenta «una de miedo», ¿no?

—¿Es que no crees lo que te acabo de decir?

—¡Ni aunque me lo jurases!

Lanzando un suspiro de conmiseración, Lower se sentó a su vez. Antes de volver a hablar, examinó el cigarrillo que tenía entre los labios, juzgó que ya había fumado lo suficiente, lo apagó cuidadosamente en el cenicero y se colocó la colilla en la boca.

—También me dejó boquiabierto a mí —dijo—. Pero creí todo lo que me decía. Lo conozco lo bastante para saber que no es ni un embustero, ni un fantasioso.

—Entonces, ese diablo de muchacho ha conseguido convencer al viejo para que pague los gastos de la misión, ¿no?

—En efecto. Porque, una vez en Hong-Kong, Harry desea hacer lo imposible por encontrar la pista del hijo de Ling-Fu, que desapareció hace diez años.

—Demasiado tiempo para encontrar un rastro.

—También, lógicamente, va a seguir al Sonrisas.

—¡Buen chico! Pero dime, Clark... ¿no ves mi cara? Debería estar loco de contento, ya que Harry ha conseguido hacer realidad el más hermoso de mis sueños. Y no lo estoy.

—Tú siempre fuiste un bicho raro, teniente.

—Es posible.

—¿Qué mosca te ha picado ahora?

—La del remordimiento.

—¿Eh?

—Sí. Aprecio a Harry tanto como tú. Desde la muerte de Gary, los dos hemos hecho lo posible para alentar al muchacho. Su padre no dejó casi dinero, y nosotros nos hemos hecho cargo de las facturas de los colegios y pagado la manutención del chico mientras estuvo interno en aquella escuela.

—Era lo menos que podíamos hacer.

—Desde luego.

—Naturalmente, él no sabe nada de esto, ni es necesario que lo sepa nunca. Como viejos zorros que hemos sido siempre, nos las hemos arreglado para hacerle creer que su padre había dejado una importante reserva en un banco y que tenía una póliza de seguro de vida.

—Bueno, teniente. ¿Ya qué viene todo eso?

—Tengo miedo, Clark.

—¿De qué?

—De haber cometido la barbaridad más grande de mi vida. Nunca debí hablar, como lo hice, delante de ese chico. ¡No tengo remedio!

—Un momento, Harold. Creo que si hablases claramente de una vez...

—Eso voy a hacer. No nos engañemos, Lower. Cuando anoche los de Narcóticos nos dieron la noticia de que Charlie no regresaba solo a Oriente, tú y yo nos dimos cuenta de que la cosa era mucho más seria de lo que imaginábamos.

—Así es. El que ese bastardo de Tonio se haya decidido a acompañar al Sonrisas, dice claramente que el asunto que se traen entre manos es de «órdago la grande».

—Sin duda; pero recuerda que Marini no va nunca solo... ni al lavabo. Por eso ha sacado cinco billetes de avión para Hong-Kong:, uno para él y cuatro para los matones que tiene como guardaespaldas.

—Justo.

—Seguir al Sonrisas ya no es moco de pavo, pero meterse con

Marini es harina de otro costal. Hablemos con franqueza, sargento: Harry no está preparado para esas clase de trabajo. Todo lo que ha hecho, desde que sacó la licencia, ha sido seguir a maridos licenciosos o a esposas de conducta equívoca.

—Es cierto.

—No podemos dejar que el chico se embarque en esa aventura. No dormiría tranquilo, Clark.

El rostro de Lower se ensombreció.

—Ni yo tampoco —dijo con un suspiro.

—Entonces, ¿vamos a ver a Ling-Fu?

—Creo que es lo más correcto.

—Desde luego. Tenemos que convencer a ese buen hombre de que lo que hace no le va a procurar más que una cosa: dejar viuda, antes de casarse, a su hija Luen-Su.

—No será difícil hacerle entrar en razón.

—¿Vamos?

—¡Vamos!

* * *

Harry detuvo el coche en lo alto del acantilado, frenando suavemente hasta detenerse en la plazuela ajardinada desde la que se veía, sesenta metros más abajo, la irisada superficie del mar.

—No quise decirle nada al sargento Lower —dijo volviéndose hacia Luen-Su—. Le conté únicamente lo que tu padre había hecho por mí.

—¿Cómo se te ocurrió seguir a ese hombre?

—¿A Charlie? Fue una idea que me vino bruscamente a la cabeza. Sin saber exactamente por qué, fui al Maryland, el hotel en el que se hospeda ese granuja. Entonces, cuando acababa de llegar allí, le vi salir del parking subterráneo. Y le seguí.

—Fue una idea estupenda.

—Creo que sí. Cuando le vi entrar en aquella casa situada al final de la Sunset Avenue, esperé a que hubiese penetrado en el portal. Luego corrí tras él, y llegué a tiempo de plantarme ante el ascensor, comprobando que se dirigía a la planta sexta. Consulté luego el listín de inquilinos, y al tropezar en el sexto piso con el nombre de Totterman, comprendí que acababa de enterarme de

algo muy importante.

—Desde luego. Ese hombre fue al *Sport Palace* por un motivo determinado.

—No lo dudes. Como el teniente Templeton dice, Charlie no es un tipo que haga algo sin un motivo bien concreto.

—¿Y por qué crees que fue a visitar a ese luchador de kung-fu?

—No lo sé, querida. Pero estoy plenamente convencido de que lo que el Sonrisas lleva entre manos está relacionado con ese deporte.

—No consigo entenderlo.

—Ni yo tampoco —sonrió el joven que, inclinándose, besó dulcemente a la muchacha—. Pero todas esas incógnitas se resolverán cuando llegue a Hong-Kong. ¿Sabes que va a emocionarme mucho conocer la ciudad donde pasaste tu niñez?

Ella sonrió tristemente.

—De niña —dijo— me parecía el lugar más hermoso del mundo. Vivíamos en las afueras, y mi padre no me dejó nunca bajar a la ciudad china. Poco antes de irnos, cuando mi padre estaba anonadado por lo ocurrido con Yien-Mi, tuve que ir, no recuerdo ahora por qué, acompañada por nuestra ama de llaves. Entonces descubrí que lo que admiraba desde las colinas, no era lo que pensaba.

Lanzó un suspiro.

—Nunca habría podido imaginarme que a menos de dos kilómetros de nuestra casa existiera un lugar como aquel. Es un mundo terrible, Harry. Un universo siniestro, sucio y cruel.

—Todas las ciudades tienen su lado feo, Luen-Su.

—Lo sé, pero Hong-Kong, en ese aspecto, es terrible. Yo estaba aterrada, apretando con fuerza la mano de Muah-li, nuestra ama de llaves. Fumaderos de opio, lugares extraños y mujeres, casi todas muchachas muy jóvenes, ante las puertas multicolores de las casa. Puedes creerme, amor mío: en aquel barrio se respiraba el delito y el crimen.

Él la miró con fijeza.

—¿No irás a decir que tienes miedo por mí, verdad?

—¡Pues claro que lo tengo, bobo! ¡Y mucho!

—Tendré cuidado.

Ella volvió la cabeza, pareciendo absorberse en la contemplación

del océano.

—Me habría gustado pedirte que no hicieras ese viaje, Harry.

—Pero ¿y si encontrase algo que condujera a tu hermano?

Ella alzó los hombros con un gesto fatalista.

—Yo no soy papá, amor mío. Le quiero mucho y daría cualquier cosa por tener, como él, alguna ilusión respecto a Yien-Mi. Pero yo soy realista, Harry. Y tras estos diez años de larga espera, de inútil ilusión, he acabado por convencerme de que nunca volveremos a verle.

—Nadie puede ser tan tremendamente afirmativo. Es verdad que los archivos de la policía están llenos de casos de desapariciones que no fueron resueltas nunca. Pero también existen casos en los que, tras mucho tiempo, se halló a la persona perdida.

Ella le miró con fijeza.

—Tú sabes muy bien que es prácticamente imposible encontrar a mi hermano.

Morrison se mordió los labios, y no dijo nada Permanecieron largo tiempo en medio de un penoso silencio. Después, sonriente, ella le besó.

—Hablemos de otra cosa, Harry. Esta mañana conversé unos instantes con papá. Está de acuerdo conmigo para que comamos los tres en casa. Yo haré la comida.

—¡Una idea excelente! Así, por lo menos, sabré si tengo o no que pensar en tomar una cocinera cuando nos casemos.

—¡Tonto!

* * *

Cuando Luen-Su llamó a la puerta de su casa, en la planta que había sobre la lavandería, fue su propio padre quien la abrió.

—Pasad —dijo con una sonrisa forzada—. Tendrás que trabajar más que lo que pensabas, hija: tenemos dos invitados.

—¿De veras? —inquirió ella con un fruncimiento de ceño—. Creí que se trataba de una comida íntima, familiar...

—Y lo será. ¡Pasad!

Al penetrar en el gran salón, que Ling-Fu había amueblado en el más puro estilo chino, Harry abrió los ojos desmesuradamente.

—¡Ustedes! —exclamó.

Templeton y Lower, sentados en unos sillones cerca de la puerta que daba a la terraza, le dirigieron sendos gestos amistosos.

—¡Hola! —dijeron al unísono.

También se extrañó la joven, quien tras saludar a los dos policías, se dirigió hacia la cocina.

—Siéntate, Harry —le dijo el chino que, a su vez, ocupó un asiento—. Tenemos que hablar.

Morrison experimentó una sensación de desasosiego. Le había bastado echar una rápida ojeada a los rostros de los amigos de su padre para comprender que algo se estaba tramando. También comprobó que la sonrisa se había borrado de los finos labios del oriental.

—No vamos a andarnos por las ramas —dijo el teniente rompiendo el silencio que se hizo cuando se fue la muchacha—. Lo mejor es ir directamente al asunto.

Harry no despegó los labios, mirando interrogativamente a Templeton.

—Estamos aquí, muchacho —siguió diciendo Harold—, para impedir que vayas a Hong-Kong.

Harry tuvo que hacer un esfuerzo para contenerse; no obstante, su voz vibraba cuando inquirió:

—¿Puedo saber por qué?

—Desde luego. Ya sabes que el poder seguir a Charlie el Sonrisas habría sido mi mayor ilusión, pero las cosas se han complicado.

—No entiendo.

—Vas a comprenderlo enseguida, Harry. Charlie no regresa solo: Tonio Marini y cuatro matones a sueldo van a viajar con él, rumbo a Oriente.

—Ahora sí que lo entiendo —dijo Harry con una voz irónica—. Con el Sonrisas podía atreverme, pero con el mafioso y sus guardaespaldas… ¡Son ustedes muy buenos al ocuparse así de su chiquitín, papaítos!

—No te pongas así, muchacho. Yo no he dicho…

Los ojos del joven llamearon.

—¡Eso mismo debieron hacer con mi padre desde que se puso el uniforme azul de la policía! No haga usted eso, Morrison… es superior a sus fuerzas. No prosiga esa investigación, sargento Morrison; tengo algo mejor para usted…

Clavó una mirada colérica en los rostros de los dos policías.

—¡Así iban poniendo obstáculos en su camino, desviándole de los objetivos que se proponía conseguir! Y, al mismo tiempo, le fueron arrancando sus ilusiones, una a una, hasta conseguir que se considerase a sí mismo como un maldito fracasado...

Su voz subió de tono.

—¡Pero eso no va a ocurrirme a mí, teniente Templeton y sargento Lower! Yo tengo la triste experiencia de mi padre. ¡La tengo delante de mí día y noche! ¡Por eso no quise entrar en la policía! Pero no importa...

Se volvió hacia Ling-Fu, al que habló con mayor dulzura:

—Usted no tiene por qué escucharles, señor —dijo con vehemencia—. En cierto modo y, aunque sea doloroso decirlo, a ellos les ha ocurrido igual que a mi padre. ¡No se atreven a respirar cuando el capitán Mac Namara aparece en la comisaría!

Los dos policías se pusieron intensamente pálidos.

—Yo no dependo de ellos, señor Ling-Fu, y no les ha de importar si usted me contrata para que intente encontrar a su hijo. ¡No es asunto suyo!

—¡Pero mío, sí!

La brusca e inesperada aparición de Luen-Su, la cual penetró en el salón como un torbellino, sorprendió a todos, que se volvieron hacia ella al mismo tiempo.

—No me gusta escuchar detrás de las puertas —dijo la muchacha—, pero no ha sido necesario hacerlo, ya que ustedes gritan lo suficiente como para que les oigan desde la calle.

Miró a los policías.

—Yo creo, señores, que ustedes tienen razón, y que es natural que, estimando a Harry como le estiman, teman que un hombre solo no pueda pasar desapercibido en Hong-Kong si sigue a uno o a varios individuos.

—Gracias, señorita —dijo Harold visiblemente complacido.

—¡Un momento, señor Templeton! —replicó ella—. Le he dado la razón, pero no toda... porque no la tiene completamente. La otra parte de razón, digamos la mitad para no crear envidias, la tiene mi prometido. Harry desea hacer algo y debe hacerlo. Y puesto que, tal y como ustedes piensan, un hombre solo no es lo que se necesita para seguir a esos granujas... ¡yo iré con él!

—¡Hija!

—¡Señorita!

—¿Qué estás diciendo, amor mío?

Sin dejar de sonreír, Luen-Su dejó pasar la lluvia de exclamaciones que cayó sobre ella. Luego:

—Creo tener parte en este asunto, ya que se refiere al hombre al que quiero. Mi opinión, por lo tanto, ha de ser tomada en consideración.

Se volvió hacia su padre.

—Nunca te he desobedecido, papá —le dijo mirándole con cariño—. Tampoco quiero hacerlo ahora. Pero he cambiado. Y pensándolo bien, porque le conozco, estoy convencida de que si Harry tiene la intuición de que puede encontrar a mi hermano, es muy posible que no se equivoque.

Se acercó a Morrison, cogiendo la mano que este le tendía.

—Pero hay algo más —prosiguió diciendo—. Estaba a punto de volverme loca al pensar que Harry iba a separarse de mí por un tiempo indeterminado. Le quiero, y él me ama. Entonces, ¿a qué esperar? Podemos casarnos hoy mismo, y el viaje de trabajo será, al mismo tiempo, un viaje de novios. No creo que nadie preste demasiada atención a una pareja de tórtolos, por una parte. Y, por otra, menos aún si se trata de un hombre blanco y de una mujer china. ¿Alguna objeción?

—Ninguna —dijo Templeton—, aunque sí un consejo.

—Le escucho, teniente.

—Su solución me parece la mejor, señorita, pero no quisiera que olvidase la clase de tipejos con los que van a mezclarse, en cierto modo. Tiene usted toda la razón al afirmar que una pareja de recién casados puede pasar completamente desapercibida. No crea, no obstante, que esa gentuza se chupa el dedo, ya que desconfían hasta de su propia sombra.

—Entiendo.

—Quisiera rogarles, además, que no tomasen ninguna decisión precipitada y que, en caso de necesidad, pidieran ayuda a la policía británica.

—También yo les procuraré direcciones de buenos y viejos amigos de Hong-Kong —dijo el chino.

Sonriendo, Lower intervino entonces:

—Seamos prácticos, señores: si hay que casar hoy mismo a estos enamorados, tendremos que darnos prisa. Afortunadamente, como policías, podemos intervenir en la Alcaldía para que se aceleren los trámites, ¿no te parece, teniente?

—Tienes razón, Clark. Vamos a coger a esta pareja, la meteremos en el coche patrulla y pondremos en marcha la sirena.

—Pero —inquirió la muchacha con aire compungido—, ¿y la comida que les estaba preparando?

Ling-Fu sonrió bondadosamente.

—Márchense. Yo apagaré los fuegos. Con lo que va a pasar hoy, sería injusto que comiésemos aquí. Celebraremos la boda en un sitio conveniente.

—¡Se me ocurre una idea! —exclamó Harry, que se había puesto en pie—. ¿Por qué no celebrarlo en el comedor del hotel Maryland? Charlie el Sonrisas nos vería…

—No está mal pensado —dijo Templeton—. Así, si vuelve a veros en Hong-Kong, no sospechará nada.

Poniéndose de puntillas, Luen-Su besó a Harry.

—¡Eres un genio, amor mío!

CAPÍTULO V

Alquilaron un coche casi inmediatamente después de bajar del avión. Mientras su esposa se ocupaba del alquiler del vehículo. Harry vio los magníficos automóviles que esperaban a Charlie el Sonrisas y a sus amigos.

Durante el viaje, Morrison tuvo que contener su rabia, ya que Marini, a fin de viajar solo, había alquilado la totalidad de los asientos del compartimiento de primera clase. Eso hizo que el joven detective particular y su mujer no vieran ni una sola vez a los hombres por los que estaban interesados.

Impaciente, Harry se acercó a Luen-Su.

—¿Y ese coche, querida?

Ella lanzó un suspiro, mostrándole con la mirada a la señorita encargada de proporcionarles el vehículo, y que estaba anotando los datos de los pasaportes y permisos de conducir.

—Ya es igual —dijo Harry—. Se van...

La muchacha le cogió por la mano.

—No te preocupes, cariño. Incluso si hubiésemos tenido el coche preparado, nunca habríamos alcanzado a los suyos.

Diez minutos más tarde, al volante de un Ford Cortina, Morrison se lanzaba por la carretera.

—No tienes necesidad de correr tanto —le dijo ella—. Tenemos todo el tiempo del mundo.

Bien a pesar suyo, Harry aminoró la marcha; luego, comprendiendo que su mujer tenía razón, sonrió.

—Perdona, Luen-Su —le dijo.

—Es natural que tengas impaciencia, querido. Pero no creas que esos hombres van a desaparecer. Entre las cartas que papá me ha dado, debe haber algunas de gente que podrá orientarnos enseguida.

—¡Y pensar que tú viviste aquí!

—Sí, así es —dijo ella entornando los ojos—. Y fui muy feliz, Harry. Tenía apenas un año cuando salimos de Cantón, donde nací. Eso quiere decir que no me acuerdo nada de China, y que Hong-

Kong fue, en verdad, el mundo al que abrí los ojos.

Y después de una corta pausa:

—Los territorios británicos en esta zona forman una especie de península irregular, limítrofe con China, naturalmente, además de infinidad de islas. Pero las más grandes e importantes son dos: Lantao, poco habitada, y la isla de Hong-Kong. La civilización ha invadido una pequeña parte de estas tierras y, exactamente frente a Hong-Kong, se alza el enclave de Kowloon, que es donde yo vivía. También la totalidad de esa península tiene el nombre de Kowloon.

—¿Cuántos habitantes tiene Hong-Kong?

—Ahora debe tener un millón novecientos mil, más o menos. Pero no olvides que Kowloon está también muy poblado, y albergará casi un millón doscientas mil personas.

—Demasiada gente para encontrar a esos granujas.

—No pienses en eso. Ahora, sin saber por qué, me siento invadida por la nostalgia de los años que pasé aquí. ¿Sabías que Hong-Kong quiere decir «puerto fragante»? En cuanto a la traducción de Kowloon, procede de una vieja expresión china que significa «nueve dragones».

Harry se echó a reír.

—¡Representas magníficamente el papel de cicerone, querida! Me estás tratando como a un turista americano salido directamente de Texas. ¿Has olvidado acaso que he pasado tres años estudiando tu lengua?

Soltó una mano del volante, poniéndola sobre una de la mujer.

—*Aw jung-yee hay*... —le dijo dulcemente—. Yo también te quiero.

* * *

Desde San Francisco, Charlie había reservado por teléfono habitaciones para Marini y sus «gorilas» en el mejor hotel de Kowloon, el *The Ambassador*. Allí llegaron los coches que fueron a buscarles al aeropuerto.

Una vez instalados en sus habitaciones —Charlie les esperaba en el grill—, bajaron tras haberse cambiado. Mientras los guardaespaldas se sentaban a la barra, Tonio y el Sonrisas ocuparon sendos asientos en uno de los *boxes*.

—Me gusta esto —dijo el mafioso.

—No está mal, pero yo prefiero Hong-Kong. Allí me encuentro como en mi propia casa.

—¿Dónde está ese hombre?

—En un gran junco, en la bahía de Tai Tam.

—¿Cuándo vamos a verle?

—Enseguida. Los coches están esperando, pero no tomaremos el ferry hasta Hong-Kong. Iremos en una de nuestras motoras.

—¿Miedo a algo?

—No, señor Marini. Aquí, en Hong-Kong, y sin querer ofenderle, somos tan poderosos como la organización en la Costa Oeste. Con una gran ventaja sobre ustedes: la policía es más exigente para las compras y ventas, que para los asuntos que a usted y a mí nos interesan. Tienen el corazón de aduaneros, más que de policías.

—¿Y eso por qué es?

—Muy sencillo: Hong-Kong es un gran mercado, donde usted puede encontrar de todo. La riqueza de la colonia estriba exclusivamente en los negocios. China por su parte, intenta «pasar» todo lo que puede, ya que si la mano de obra es barata aquí, lo es más al otro lado de la frontera. Y ahí está la lucha: impedir que las mercancías comunistas invadan la colonia, y hacer que los negocios de esta sean cada vez más prósperos.

—Entiendo.

—Los chinos son muy listos, señor Marini. Han conseguido imitar el *Made in Hong-Kong* de una manera tan perfecta, que la policía se las ve y se las desea para descubrir el fraude.

—Muy interesante… pero vayamos al grano, Charlie. El comercio de la colonia me importa un pito. Quiero hacerte una pregunta.

—Adelante.

—¿Para quién trabajas?

La sonrisa perenne acornaba la boca de Charlie pareció, por un instante, convertirse en una mueca.

—Trabajo para un hombre muy importante.

—¿Cuál es su nombre?

—No estoy autorizado a decírselo, señor; pero, de todas formas, él mismo se presentará, ya que me ha ordenado que le lleve a verle.

—¿Vive en Hong-Kong?

—¡Oh, no! Posee fincas en la isla y lugares... de negocio, pero vive en su propia mansión, en la isla Cheung Chau. Allí iremos a verle cuando haya visitado usted el junco.

—Espero que no hayas olvidado tu promesa.

—¿Cuál?

—Sabes que he venido aquí para ver con mis propios ojos uno de esos combates de kung-fu.

—Yo siempre cumplo mis promesas, señor Marini.

* * *

Tuvieron que aparcar el coche dos manzanas más allá del establecimiento de Kuen-Lu, en las proximidades del *Queen's Theatre*[1], situado en la parte más importante de Hong-Kong, en el llamado *Victoria Central District*.

—Este es un barrio muy elegante —dijo Harry, bajando del coche y cogiéndose al brazo de su esposa.

—Sí —contestó ella—. Aquel edificio de allá enfrente es el Mandarín Hotel, y aquel otro, el edificio de Correos. Vamos, tengo ganas de visitar a ese viejo amigo de mi padre.

Momentos después entraban en una lujosísima joyería. Uno de los empleados, pulcramente vestido, se acercó a ellos con una melosa sonrisa en los labios.

—¿Puedo hacer algo por ustedes? —preguntó con cortesía oriental.

Luen-Su abrió el bolso, entregando al empleado la carta que había escrito su padre.

—Le ruego entregue esta misiva al señor Kuen-Lu. Esperamos respuesta.

—Muy bien.

Curioso, Morrison se acercó a las vitrinas bajo cuyos gruesos cristales especiales se mostraban gemas de todas clases.

—Espero —dijo sonriendo— que algún día podré ofrecerte una de estas chucherías, cariño.

—«No hay mejor joya que el amor —recitó ella con voz dulce—. Procura no empeñarla nunca, y la felicidad no se apartará de tu lado».

—¿De quién es eso?

—De Confucio.

—Es muy bonito. Pero si todo el mundo pensase así, gente como el amigo de tu padre estarían arruinados.

—También dice Confucio que «aquel que busca adornos es porque su alma no los posee».

Harry se echó a reír.

—Me estoy dando cuenta de que Confucio era un tipo listo, pero terriblemente enemigo del comercio.

—Los griegos también lo fueron. Recuerda que el dios Mercurio es, al mismo tiempo, el dios del Comercio y de los ladrones.

—¡No puedo contigo, Luen-Su! Sabes demasiadas cosas. Pero mira, ahí llega el empleado.

—Tengan la amabilidad de seguirme —dijo el hombre cuando se hubo acercado a ellos.

Algunos minutos más tarde, ya en la parte posterior del establecimiento, entraron en un amplio despacho, tras cuya mesa estaba sentado un hombre viejo, un chino de rostro apergaminado, pero cuyos ojos oblicuos estaban llenos de malicia y de vida.

Al verles entrar, el oriental se puso inmediatamente en pie.

—¡Qué honor para mi humilde casa! —exclamó con voz cantarina, al tiempo que mostraba dos cómodos sillones situados junto a la mesa—. Siéntense, por favor.

Se expresaba en un inglés muy dulce, y parecía como si arrastrase cada sílaba, quizá por su costumbre de no hablar, generalmente, más que en cantonés.

—Mi viejo corazón se llena de gozo —dijo mirando a la muchacha— al comprobar que lo que vi cuando apenas era un tallo, se ha convertido en un árbol florido. Mi pequeña Luen-Su, a quién tuve más de una vez en mis rodillas, te has transformado en una hermosa y brillante mujer.

—También se regocija mi corazón al ver que el árbol sigue en pie, Kuen-Lu.

Morrison, reteniendo apenas una sonrisa que pugnaba por dibujarse en sus labios, miraba a uno y a otro, anonadado por la lluvia de gentilezas que se estaban entrecruzando.

«Pero así es —pensó— la enrevesada y poética manera con la que los orientales expresan sus sentimientos. No hay más remedio que dejarles hablar...».

En efecto, pasando bruscamente a la realidad, Kuen-Lu dio unos golpecitos en el sobre que tenía sobre la mesa.

—Tu venerable padre desea que os ayude a tu esposo y a ti.

—Así es.

—Por lo visto —dijo el chino mirando inquisitivamente al joven americano—, tu esposo persigue dos objetivos: averiguar cosas sobre Charlie el Sonrisas, e intentar descubrir algo acerca de la desaparición de tu hermano Yien-Mi.

Harry y su esposa guardaron un silencio expectante.

—Todos conocemos a Charlie —dijo el oriental—. Es un hombre nacido para obedecer, siempre que se le pague bien. Cuando llegó a la colonia, no tardó en encontrar el camino que iba a conducirle al amo al que desea servir.

—¿Quién es ese amo? —no pudo evitar preguntar Morrison.

Kuen-Lu plisó sus arrugados párpados.

—Tueng-Dao, un hombre al que no se ha vuelto a ver desde hace años.

—¿Se esconde?

—No es eso. Ha roto con el mundo y ha creado un mundo particular, un mundo a su medida. Eso es, al menos, lo que se oye decir.

—¿Lo conoce usted?

—Lo conocí. Hace veinticinco años, Tueng-Dao era un personaje célebre en Oriente. No es chino, sino coreano. Al terminar la guerra, vino a Hong-Kong cargado de medallas y de condecoraciones. Había luchado junto a los japoneses y parece ser que se cubrió de gloria. Hay quién dice que le estaban buscando por estar en la lista de los criminales de guerra, pero la verdad es que nadie le molestó desde que llegó aquí.

—¿A qué se dedicaba?

—Era luchador de artes marciales, y muy especialmente de kung-fu. En aquellos tiempos, la lucha, tal y como la entendemos los orientales, no había traspasado las fronteras. Solo el judo había llegado a Occidente.

Una intensa emoción se había apoderado de Harry al enterarse de que el misterioso personaje había sido un luchador de kung-fu.

¡El hilo del que había empezado a tirar dejaba ver ya la madeja!

—Tueng-Dao llegó a ser el campeón indiscutible de todo

Oriente. Fue a luchar a Java, a Sumatra y hasta hizo algunas exhibiciones en Filipinas.

—¿Ganó dinero?

—Mucho. Una verdadera fortuna. Porque Tueng-Dao es un hombre muy listo. No combatía por una cantidad alzada como los demás, sino que exigía una importante participación en las apuestas.

El oriental hizo una corta pausa.

—Todo el mundo sabe que nosotros, los orientales, no podemos vivir sin jugar. Hay más garitos en Hong-Kong que en ninguna otra ciudad del mundo. No, señor Morrison, aquí no se juega como en su país, en Las Vegas, por ejemplo. El chino lleva la semilla del juego en la mente.

—Sigamos con Tueng-Dao, por favor.

—Sí. En 1953, Tueng-Dao combatió con un chino que había escapado del Estado de Mao, refugiándose en Formosa. En poco tiempo, se convirtió en una verdadera figura del kung-fu. El combate entre los dos campeones despertó un entusiasmo delirante. Pero, desgraciadamente, tuvo un lado trágico. El de Formosa lanzó a Tueng-Dao fuera de la lona. El luchador se dio un golpe contra el borde de un palco. Según lo que dijeron los médicos, se fracturó la columna vertebral y quedó paralítico de ambas piernas.

—Todo eso está muy bien, señor Kuen-Lu —dijo Morrison—, pero… ¿qué ha ocurrido después para que Tueng-Dao se convierta en un delincuente, según se desprende de lo que usted ha dicho?

—No conozco los asuntos de ese hombre. Por lo tanto, no puedo calificarle de delincuente, como tampoco pueden hacerlo las autoridades policiales de la colonia.

—El que Charlie el Sonrisas trabaje para él, es una prueba de que está manejando asuntos sucios.

—Es muy posible, pero nadie tiene pruebas de que las actividades de Tueng-Dao sean delictivas.

—¿Dónde vive?

—Es una inmensa mansión que se ha hecho construir en la isla de Cheung Chau. No sale nunca de allí… o al menos nunca se le ha visto, desde hace muchísimo tiempo.

Miró a la joven, antes de agregar:

—Eso es todo lo que puedo decirles.

CAPÍTULO VI

La pequeña motora serpenteaba graciosamente entre los cientos de juncos, de todos los tamaños, anclados en la amplia bahía de Tai Tam. Tras haber atravesado aquella abigarrada multitud de variadas embarcaciones, ya casi en alta mar, la canoa amarró al lado de un junco de grandes dimensiones, de tres palos, que el agua mecía dulcemente.

Tras hacerse reconocer, Charlie subió a cubierta, seguido por el siciliano y sus hombres de confianza.

Hombres armados vigilaban la cubierta. Todos ellos eran chinos, y cada uno de ellos tenía en las manos una metralleta Stein.

—Tu amo sabe cuidar su tesoro —sonrió Tonio.

El Sonrisas no dijo nada, dirigiéndose hacia el interior del junco. Al penetrar en un largo pasillo, pobremente alumbrado, un hombre blanco de unos cincuenta años y con cabello canoso y ondulado, les salió al encuentro.

—¿Todo en orden, *doc*? —le preguntó Charlie.

—Todo en orden.

—Venimos a ver a su paciente, doctor. ¿Recibió mi mensaje?

—Sí. De todos modos, ya sabe usted que no puedo despertarle.

—¡Es igual. ¡Vamos, amigos!

—Yo debo irme —dijo el médico.

—De acuerdo. Hoy es su día libre, ¿verdad, doctor?

—En efecto.

—Muy bien. Espero que mañana esté usted aquí, puntual como siempre.

—Nunca he llegado tarde.

El médico se alejó. Charlie guio entonces a los visitantes, y juntos penetraron en lo que debía ser el camarote más importante de la embarcación.

En el fondo había una cama bastante amplia, en la que yacía un joven chino vestido con un chándal.

—Ahí le tiene usted, señor Marini.

—No parece lo importante que es.

—No hay que fiarse de las apariencias. Cuando le vea en acción, se dará usted cuenta de que es una verdadera maravilla.

—¿Por qué duerme? Me hubiera gustado hablar con él.

—Temo que eso no sea posible. Nuestro campeón está sometido a un tratamiento especial del que se cuida el doctor Callwer, el tipo que acaba usted de ver. Ese médico es un as. Nos costó bastante convencerle para que trabajase con nosotros.

Una mueca de impaciencia se pintó en el rostro del mafioso.

—¿Cuándo voy a verle, en acción?

—Mañana por la noche.

—¿Dónde se celebrará el combate?

—En Hong-Kong, naturalmente. En un lugar especial. Para esta clase de espectáculos, tenemos un local perfectamente camuflado, bajo la sala de juego de un establecimiento que nos pertenece.

—¿Acuden espectadores?

—¡Pues claro que sí! La sala tiene capacidad para doscientas personas, cómodamente sentadas.

Marini frunció el ceño.

—¿Y no teméis que uno de esos espectadores os delate?

Esta vez, hasta los ojos de Charlie sonrieron.

—Nadie se va de la lengua, señor Marini. Conocemos a todos los espectadores que, en realidad, son los encargados de las apuestas. Para hablar exactamente, algunos no lo son. Se trata de invitados especiales, amigos del señor Tueng-Dao… como ahora es el caso de ustedes.

—¿Casi doscientos encargados de apuestas? Eso quiere decir que debe correr mucho dinero en cada uno de esos combates.

—Mucho, mucho dinero. Hay un buen número de personajes importantes de Hong-Kong, gente «decente», que conoce lo que pasa en nuestro local. No les interesa ver lo que aquí ocurre, pero se apasionan por poder ganar, aunque conozcan la superioridad de nuestro campeón. El chino es así, señor Marini: cuando alguien mata con facilidad, triunfando siempre, esperan ansiosamente que tropiece con la horma de su zapato.

—¿Luego apuestan contra el campeón?

—Siempre. Y no solo porque cuando ganen, si es que ganan, saben que recibirán una gran suma, sino por el gozo que les procurará saber que nuestra «máquina de matar» ha sido vencida y

destrozada.

—Es curioso.

—Todo es curioso en Oriente. Esos hombres, tras sus elegantes despachos, en sus magníficas joyerías, o en los importantes comercios y hoteles que regentan, tiemblan de emoción, esperando que se les anuncie que nuestro hombre ha muerto.

Y tras un corto silencio:

—Igual ocurrirá cuando usted traiga a Hong-Kong a sus turistas. Nadie apostará por el campeón porque el beneficio, en ese caso, es mínimo. Todos arriesgarán su dinero a favor de Totterman.

—Eso es cierto. Pero, volviendo a lo de antes, no espere que los americanos que vengan no cuenten lo que han visto aquí, a su regreso a los *States*.

—No lo creo. Cuando sepan que si alguno charla demasiado no volverá nunca más a ver el espectáculo, se mostrarán prudentes. Usted mismo pasará por esa experiencia, amigo mío. Y estoy seguro de que volverá a Hong-Kong… porque nunca podrá olvidar un combate a muerte.

* * *

—Demos un paseo, querida. Tengo que reflexionar. Ya has comprobado que sabemos muchas más cosas, pero no las suficientes como para entrar en acción.

—Sí. Pasearemos por el barrio chino y aprovecharemos la ocasión para visitar a un viejo criado de mi antigua casa, el muy honorable granuja de Pu-Li. Papá también me dio una nota para él.

Morrison se encogió de hombros.

—Si se muestra tan misterioso como Kuen-Lu…

—Pertenece a un mundo completamente distinto, Harry. Pu-Li es un pillo redomado. Estoy segura de que habrá conseguido hacer algún negocio. Es más listo que el hambre.

Durante cerca de veinte minutos, mientras penetraban en el complicado dédalo de estrechas callejuelas del barrio chino, Morrison no tuvo tiempo de pensar, admirando lo que se ofrecía a sus ojos.

Una multitud harapienta, sucia, maloliente, hormigueaba por las calles. Muchos de los hombres con los que se cruzaban, caminaban

como sonámbulos, con los ojos entornados, como si estuviesen encerrados en un universo particular, a miles de millas de la triste realidad que Les rodeaba.

—La gente —explicó Luen-Su— busca una escapatoria a su indecible miseria, y el opio se la proporciona.

—La droga es el recurso de los cobardes.

—Lo sé; pero, ¿qué quieres que hagan? Son parias, Harry. Personas que nunca han podido satisfacer su hambre, capaces de hacer cualquier cosa para poder pasar un par de horas en un fumadero.

—¿Y esas jóvenes? Son casi niñas y adivino que...

—No te equivocas. La prostitución es una de las lacras de Hong-Kong. Pero detrás de ella, como tras cada flaqueza que aquí se comete, está el hambre. Un hambre inexplicable en un lugar donde hay trabajo para todo el mundo, aunque esté mal pagado. Aquí se fabrica de todo, querido, y el mundo entero está inundado de mercancías procedentes de Hong-Kong, a precios contra los que nadie puede competir.

—¿Y por qué no trabaja todo el mundo?

—Porque hay muchos que han elegido lo que ellos creen ser el camino más fácil.

—¡Es deprimente!

—Mira, ya hemos llegado. No me equivocaba. Pu-Li ha sabido despabilarse. Ha montado un restaurante, el muy granuja.

Entraron en un local minúsculo, donde no había más que media docena de mesas. Una vieja china, tripuda y fea, fregaba el suelo.

—Está ahí atrás... —dijo en chino, antes de que le preguntasen.

Detrás del mostrador había una puerta a la que la muchacha llamó con los nudillos.

—¡Pase!

El hombre que, sentado en una mesa, contaba y alineaba los billetes de dólares de Hong-Kong era delgado, bajito, casi un enano, con el rostro arrugado, como el de una pasa.

Sin una palabra, pero sonriente, íntimamente divertida, al comprobar que el antiguo criado no la había reconocido, Luen-Su le entregó la misiva, que su padre había escrito en hiño.

Pasó un cierto tiempo antes de que Pu-Li terminase de leer el contenido de la carta. Luego, alzando una mirada incrédula,

contempló con sincero arrobo a la joven china.

—¡No puede ser, Luen-Su! —exclamó—. ¿Dónde ha quedado el pequeño diablillo que me tiraba piedras en el jardín?

—¿Cómo te van las cosas, Pu-Li?

—Los dioses no me han abandonado, pequeña amita. Mi pobre establecimiento es el más famoso del barrio. Sería un honor para mí que tú y el extranjero…

—Es mi esposo.

—¡Oh, cuántas sorpresas en un mismo día! Haré que dispongan la mejor mesa de mi humilde casa… y prepararé la más exquisita ración de chow-chow que hayas probado en tu vida, puesto que yo soy el amo y el cocinero.

Harry dio un respingo.

—¿Eh? —y volviéndose hacia su mujer—. ¿He oído bien o este tipo nos invita a comer perro?

—Has oído muy bien —sonrió ella.

—Pues ya puedes decirle que no hay nada que hacer. O se lo diré yo, si quieres…

La muchacha se volvió hacia el chino.

—Mi marido dice que le honra mucho tu generosa invitación, Pu-Li, y que nos sentimos desgraciados al no poder aceptarla, ya que nos espera una reunión en el hotel a la que no podemos faltar.

—Comprendo. Entonces, lo mejor será ceñirnos a lo que tu venerable padre dice en su carta. Sentaos, por favor.

Tomando asiento, Luen-Su empezó explicándole los motivos del viaje, contándole también los informes que Kuen-Lu les había proporcionado.

El chino lanzó un profundo suspiro.

—Me gustaría mucho saber algo del paradero del amito —dijo tristemente—. Nadie amaba más a Yien-Mi que el viejo Pu-Li. Ya sabes que fueron mis hierbas las que le curaron de aquella horrible herida.

—¿Qué herida? —inquirió Harry, volviéndose hacia su esposa—. Nunca me contaste nada de eso, querida.

—Es verdad. Cuando mi hermano tenía ocho años, se cayó sobre una verja al intentar saltarla. Fue un verdadero milagro que salvase la vida. Se le clavaron tres puntas de hierro en el lado derecho del pecho. Papá estaba ausente, de gira en Formosa. Y Pu-Li puso en las

heridas de Yien-Mi unas hierbas que él conocía, mucho antes de que el médico viniera. El médico chino que acudió, al ver el efecto de las hierbas, no quiso hacer otro tratamiento.

—¿Quedaron marcas?

—Sí. Tres cicatrices, de unos seis centímetros de longitud, paralela, sobre el pectoral derecho.

—Es una señal que puede ayudarnos mucho.

Luen-Su se volvió hacia el chino.

—Sigue hablando, Pu-Li.

—Nada hay que decir respecto a este desdichado asunto, pero como también os interesa el otro, creo que ahí puedo seros de más utilidad.

—Te escuchamos.

—Ya comprenderás, amita, que mi negocio no es tan floreciente como para sacarme de apuros. Por eso me dedico también a las apuestas.

—¿De qué clase?

—De todas clases, aunque las que me proporcionan más ganancias son las del kung-fu.

—¿Tiene algo que ves Charlie el Sonrisas en esas supuestas? —preguntó Harry.

El chino arqueó las cejas; luego, sonrió a la muchacha.

—Tu esposo es un hombre listo, amita. Sí, amigo mío. Charlie está en ese asunto. Una vez al mes, las apuestas se disparan... ¡cientos de miles de dólares de Hong-Kong! Quizá mucho, muchísimo más dinero. ¿Quién puede saberlo?

Harry había tomado la palabra, deseoso de sacar al viejo chino todo lo que llevaba dentro. No hablaba el cantonés con la fluidez de su mujer, pero se defendía bastante bien.

—¿Y qué ocurre cada mes para que la gente se vuelva loca apostando?

—Un combate de kung-fu... a muerte.

—¿Eh? ¿A muerte ha dicho usted?

—Sí.

—¿Usted ha visto... ese combate?

—¡Oh, no! Pu-Li no es un hombre o una mujer importante. Nunca me permitirían entrar en un lugar como ese. Solo los apostadores de primera categoría, escogidos por Charlie, pueden ver

el combate. Yo hago las apuestas de una gran parte del barrio, pero es Miah-Suh quien me comunica el resultado de la pelea.

—¿Quién es Miah-Suh?

—La dueña del Dragón Verde. Tiene a más de sesenta muchachas a su servicio.

—Comprendo. Es la propietaria de un prostíbulo. ¿Me equivoco?

—No.

—Hábleme de esas apuestas. Por lo menos, conocerán los nombres de los luchadores, ¿verdad?

—Conocemos el nombre del que va a morir...

—¿Eh? ¿Cómo es posible eso?

—Muy sencillo. Siempre gana Tsung.

Intervino la muchacha:

—En chino, «Tsung» significa «odio».

—Gracias, cariño —y volviéndose de nuevo a Pu-Li—: Así que gana siempre el mismo, ¿verdad?

—Así es.

—Eso quiere decir que hay «tongo».

—No, no lo hay, señor. Lo que ocurre es que, hasta ahora, nadie ha podido vencer a Tsung. Él mata siempre.

—Es curioso —dijo Harry—. Nunca hubiese imaginado que esa clase de salvajada pudiese existir. Y dígame, Pu-Li, ¿qué piensan las autoridades de la colonia de esos bárbaros combates a muerte?

—No creo que la policía sepa nada; pero, si lo sabe, no es capaz de conocer el lugar donde se lucha.

—Entiendo. Algunas preguntas más, por favor: usted ha dicho antes que confiaba sus apuestas a esa tal Miah-Suh, ¿no es cierto?

—Es cierto.

—Y que esa mujer está autorizada a penetrar en el lugar donde se llevan a cabo esos combates, ¿me equivoco?

—No se equivoca. Miah-Suh y yo somos viejos amigos. Ella me ha contado que todos los que asisten a los combates llevan una capucha negra que les cae hasta los hombros. Así, nadie puede conocerse.

—Comprendo que no podía faltar el lado misterioso de lo oriental —sonrió el joven—. Todo lo que ha dicho, amigo mío, es muy interesante. Usted, por lo visto, sabe muchas cosas... y puede hacer muchas otras.

—¿Yo? ¿Hacer? ¿Qué puede hacer mi insignificante persona?

Harry se levantó, poniendo ambas manos sobre la mesa, y acercando su rostro al del oriental, clavando la mirada en los ojos oblicuos de Pu-Li:

—Usted se acuerda del señor Ling-Fu, ¿no?

—¿Cómo no acordarme de mi amo? ¿Cómo haber olvidado a mi benefactor?

—¡Ahí le duele! Mi mujer me ha contado que, cuando salieron para América, su padre, al tener que despedirle a usted, le entregó una cierta suma... nada despreciable... ¿Es cierto?

—Sí. Fue muy generoso conmigo.

—Y gracias a ese dinero, usted pudo abrirse paso y abrir este negocio... entre otras cosas, ¿verdad?

—Verdad.

—Pues bien, Pu-Li: ha llegado la hora de demostrar su agradecimiento.

—Haré lo que sea.

—Eso es lo que vamos a ver. Pero antes voy a hacerle una pregunta: ¿cuándo se celebrará el próximo combate?

—Yo no esperaba que fuese hasta finales de mes, pero me han anunciado que habrá uno mañana por la noche. Parece que se hace en honor de importantes amigos de Charlie, que han llegado con él.

Harry guiñó el ojo a la muchacha.

—Marini y sus matones. Todo va encajando, ¿te das cuenta, querida?

—Sí, Harry.

—Sigamos, amigo mío. Si es verdad que su corazón no se ha convertido en un fruto podrido y hay aún en él una pequeña parcela de agradecimiento hacia su antiguo amo, va usted a llamar, mañana por la tarde, a primera hora, a esa encantadora amiga suya llamada Miah-Suh.

—Si no es más que eso...

—¡Es mucho más, Pu-Li! Porque lo que deseo es, sencillamente, ocupar el lugar de esa dama y asistir al combate.

—¡Está usted loco! Los apostadores discuten entre ellos y, aunque no se ven, se oyen. Y usted no pasaría nunca por un chino aunque se lo propusiera.

—Eso es asunto mío. Yo...

—Un momento, Harry.

—¿Qué quieres, Luen-Su?

—Pu-Li tiene razón. Si alguien puede suplantar a esa mujer, ese alguien soy yo. Nadie podrá desconfiar de una nativa.

—¡No lo consentiré!

—No seas tonto, Harry. Nada va a ocurrirme. Asistiré al espectáculo con la cabeza tapada, aunque te prometo que no miraré. Y discutiré con los apostadores. Pu-Li puede explicarme cómo hablan entre ellos y te aseguro que no cometeré el menor error.

CAPÍTULO VII

—Ellos no pueden entrar, señor Marini.

Tonio torció el gesto; pero, asintiendo con la cabeza, se volvió hacia sus hombres.

—Esperad aquí.

Charlie abrió la pesada puerta, haciéndose a un lado para dejar que el siciliano le precediera. Marini, que ya estaba impresionado por aquella casa inmensa y lúgubre a la vez, se encontró en un salón de dimensiones colocarles. La pared del fondo, de cristal, dejaba ver el mar y, en la lejanía, el contorno brumoso de la isla de Hong Kong.

Pero Marini no concedió a aquellos detalles más que una mirada desprovista de interés, concentrando toda su atención en el hombre que, cuando entraron, se volvió, impulsando el mecanismo eléctrico de su silla de ruedas.

El hecho de estar sentado no disminuía ni un ápice su alta estatura, así como su robustez. Su cara amarillenta era lisa, la nariz achatada y los ojos oblicuos, con pupilas negras y brillantes como dos pedazos de ágata.

—Pueden sentarse —dijo sin moverse de su sitio, estableciendo una prudencial distancia entre sus visitantes y él—. Encantado de conocerle personalmente, señor Marini.

—Igualmente digo.

—Me alegra mucho que se haya entendido con Charlie. Estoy convencido de que juntos vamos a ganar mucho dinero. He calculado por encima que esta primera operación puede proporcionarnos un millón de dólares… americanos, se entiende.

—Me parece mucho dinero, señor Tueng-Dao.

—No lo crea. Mañana por la noche podrá usted hacerse una idea de la cantidad de dinero que se mueve en uno de esos combates. ¿Le ha dicho Charlie que deberán ir enmascarados?

—Sí, me lo ha dicho. Y me parece una medida muy prudente.

—Para la próxima lucha, contamos con doscientos turistas procedentes de su país, señor Marini, y espero que sabrá hacer una

selección de esas personas: quiero gente que no escatime el dinero.

—Pierda usted cuidado.

—He puesto precio a las localidades, curándome en salud. Cada una costará cinco mil dólares.

El siciliano emitió un silbido.

—Un poco alto. ¿No le parece?

—No. El espectáculo lo vale. Se lo aseguro. Además, ya le he dicho antes que no deseo gente mediocre, ni que mire el dinero.

—Entiendo. ¿Puedo preguntar algo?

—Desde luego.

—Hasta ahora, su... digamos campeón ha salido siempre victorioso, lo que le ha permitido conservar un nivel de apuestas que nunca fueron onerosas para usted, ¿me equivoco?

—En absoluto.

—Pero, ¿qué ocurriría si su hombre fuese vencido, si su adversario lo matase?

Los ojos del coreano se inmovilizaron, al tiempo que una extraña y difuminada sonrisa apenas entreabría sus gruesos labios.

—¿Qué puede usted saber de Tsung? ¡Nada! Es imposible que se dé cuenta de lo que me ha costado construir esa máquina de matar, los años de preparación, la lucha contra todo lo que en ese hombre pugnaba por desviarse del camino que yo deseaba. Se dice que todos los hombres ocultan, en el fondo de su personalidad, la bestia salvaje que fueron nuestros antepasados. Pero esa fiera, amigo mío, no se da en todos los hombres. Y es tan difícil de encontrar como el genio o la suprema inteligencia.

»Yo nací con esa chispa salvaje. Y durante la guerra descubrí que dentro de mí había un luchador implacable, que no habría desentonado junto a los hombres de las cavernas. Solo las estúpidas leyes de los hombres coartaron el impulso homicida que yo llevaba dentro. Y en cada combate de kung-fu, la más sublime y completa de las artes marciales, tenía que hacer un poderoso esfuerzo para no terminar con la vida de mi contrincante.

Su voz se elevó repentinamente.

—¡Porque ese es el objetivo de toda lucha: acabar definitivamente con el enemigo!

Un suspiro cargado de amargura se escapó de su boca.

—Fueron las estúpidas leyes de los hombres las que finalmente

me perdieron. Luchaba ya con el temor constante de que mis golpes acabasen con la vida de mi adversario. Y aprovechándose de mi temor, mi último contendiente, el campeón de Formosa, me dio un golpe a traición.

Sus dientes rechinaron.

—Yo hubiera podido matarle durante el combate media docena de veces. Pero eso ya no importa. Ahora tengo a Odio, a «mi odio», que está vengando esa afrenta, ese golpe a traición que me convirtió en un inválido.

* * *

—Sigo sin estar convencido —dijo Harry—. No, no me gusta nada que vayas a ese sitio sola.

—No hay otra solución, amor mío. Y no temas por mí. Nadie sabrá quién soy. Me limitaré a decir lo que Pu-Li me ha explicado.

—Yo te esperaré fuera.

—De acuerdo. Lo que nos interesa ahora, marido mío, es acumular pruebas contra los amigos de Charlie. Tenemos que descubrir por qué Marini ha venido a Hong-Kong. Cuando lo sepamos, podrás comunicarlo a tus amigos de la policía de San Francisco.

—Me gustaría estar a tu lado —insistió él.

—¡No seas pesado! En cuanto el espectáculo termine volveremos a estar juntos.

Morrison encendió un cigarrillo.

—Lo que sigo sin entender —dijo— es qué diablos puede interesar tanto a la Mafia en ese criminal combate a muerte. Si no conociera a Marini, diría que ha venido aquí sencillamente para ver esa lucha y satisfacer su sed de sangre.

—Sabes bien que eso no es cierto.

—¡Desde luego! Tonio es un puerco y un sádico, como todos los miembros de la Mafia; pero, antes que todo, es un hombre práctico, un hombre de negocios al que no le gusta perder un solo minuto de su precioso tiempo.

—Es verdad.

—Abre bien los ojos y oídos, querida. El siciliano y sus matones llevarán capucha negra, como todos los asistentes. Lo

verdaderamente estupendo, sería que pudieras sentarte cerca de ellos.

—Lo procuraré.

—¿Y cómo vas a hacerlo, si no los reconocerás?

—¡Qué poca confianza tienes en mí, Harry! Mientras la gente se acomoda, en el caso de que las localidades no estén numeradas, puedo oír a esos hombres. No olvides que los italianos no pueden estar callados un solo minuto.

Harry asintió con la cabeza.

—Espero que Pu-Li no nos falle.

—No lo hará. Es un granuja, ya te lo dije. Sabe perfectamente que si nos ayuda, mi padre volverá a acordarse de él. Pu-Li es capaz de hacer cualquier cosa por dinero.

—¿Crees que conseguiré engañar a esa mujer?

—No temas nada, cariño. Pu-Li la invitará a tomar el té, y pondrá en la taza de Miah-Suh un narcótico lo suficientemente fuerte como para que duerma ocho o diez horas.

—¿Y qué pasará después?

—Nada. Ya nos lo ha dicho Pu-Li. Esa mujer tiene tanto miedo a Charlie, que no dirá ni una sola palabra de lo ocurrido.

* * *

Con la capucha negra ocultándole la cabeza, Luen-Su, aprovechando el bullicio y la confusión de la entrada al local, se movió velozmente entre los que penetraban en el sótano, no tardando en oír la voz cantarina de los italianos. Estos hablaban en inglés, pero su acento les delataba.

Siguió a los encapuchados, sonriendo al comprobar que los cinco hombres llevaban puestos sus trajes, lo que les distinguía de los chinos —vestidos de raso negro— a una legua.

«¡Qué tonta soy! —se dijo—. No hacía falta que hablaran para identificarlos...».

Se sentó detrás de los mafiosos, que ocupaban la primera fila. Los graderíos, dispuestos en plano inclinado, permitían una perfecta visibilidad de la pista desde cualquier asiento.

Hubieron de pasar más de veinte minutos hasta que todo el mundo estuvo instalado. Se apagaron entonces las luces de la sala,

iluminándose la lona con lámparas de gran potencia.

Entonces, en medio de un silencio absoluto, apareció Charlie, sin capucha, sonriente como siempre, saliendo de una puerta situada frente al lugar que la joven ocupaba.

—Henos aquí de nuevo reunidos, amigos míos —dijo el Sonrisas —. No esperaba veros tan pronto. Pero como ya se os ha anunciado, la presencia, aquí, de unos excelentes amigos americanos, nos ha obligado a organizar este extraordinario combate.

Giró sobre sí mismo, recorriendo los graderíos con la mirada.

—Como cada vez que nos reunimos en este lugar, surge la pregunta: ¿seguirá venciendo Tsung? Ya sé que nos tiene acostumbrados a sus terribles victorias… pero, ¿qué sería de nuestra afición si no guardásemos la ilusión de una derrota?

Hizo una corta pausa.

—El oponente de esta noche es un luchador extraordinario. No es chino, sino japonés. Se llama Toshido Nakamoto, y es el campeón indudable de su país. Os aseguro, aunque pronto lo comprobaréis, que Toshido es un hombre duro, un adversario digno de nuestro Tsung. Y eso es todo, amigos. Id coordinando vuestras apuestas. En principio, partimos de veinte a uno, a favor de Tsung. Y no me queda por decir más que, en honor a los que vienen aquí por primera vez, que el combate es a un solo *round*… ¡y a muerte!

Luen-Su se estremeció.

Mientras una suave música preparaba el ambiente, se anunció la salida de los luchadores. Los italianos, sentados delante de la joven, se enzarzaron en una conversación en voz baja, pero que la china oyó perfectamente.

Nunca imaginó que pudiera enterarse de los propósitos de Marini y Charlie con tanta facilidad. Y comprendió enseguida el motivo que había traído a Hong-Kong al peligroso siciliano.

Una sensación de pena la invadió.

Detestaba a aquellos hombres que no pensando más que en las ganancias, iban a explotar la crueldad de unos ricos espectadores que pagarían lo que fuera por ver morir a un ser humano.

Un estridente griterío hizo que Luen-Su apartase las tristes ideas que poblaban su mente.

Los luchadores acababan de salir a la lona.

El japonés, más alto y fuerte que su oponente, llevaba un

kimono rojo escarlata, mientras que el chino vestía uno azul pálido.

La muchacha concentró su atención en el favorito.

Tsung era un joven de facciones regulares. Llevaba el pelo cortado al cero —cosa bastante corriente en el kung-fu, en el que se puede hacer presa de los cabellos—, pero lo que más intrigó a Luen-Su fue la mirada del luchador.

Sus ojos parecían moverse con extrema lentitud, sin mirar a ningún sitio concreto. Aquellos ojos daban la turbadora impresión de estar perdidos en una ignota y lejana contemplación.

—¿Y si asistiésemos a la primera derrota de Tsung? —preguntó uno de los mafiosos.

La voz seca de Marini le contestó ásperamente:

—¡No digas idioteces, Luigi! Si ocurriese lo que acabas de decir, nuestro negocio se iría al agua.

—Perdone, jefe.

—¡Vete al diablo con tus tonterías!

No había juez de pelea.

Un *gong* sonó. Los dos contendientes se situaron frente a frente, con los brazos flexionados, las manos abiertas, en la clásica postura del kung-fu.

Luen-Su hubiera querido cerrar los ojos. Pero algo mucho más fuerte que su miedo, la hacía permanecer inmóvil, concentrando toda su atención en la lona profusamente iluminada.

—¡Ah!

Fue el japonés quien lanzó el primer grito, al tiempo que se abalanzaba hacia su contrincante. Lo hizo con tanta violencia, que una exclamación brotó de la garganta de los presentes. Aquella salvaje impetuosidad hizo comprender a la muchacha que Toshido deseaba matar a su contrincante antes de que pudiera reaccionar.

La mano derecha del japonés cayó como una guillotina, apuntando al cuello de Tsung, al mismo tiempo, la mano izquierda del nipón retenía el kimono de su oponente, con el fin de mantenerle inmóvil el mayor tiempo posible.

Ante el tremendo peligro que significaba la mano de su adversario, cuyo canto no era más que un callo endurecido por los golpes dados en las tablillas de entrenamiento, Tsung se echó velozmente hacia atrás.

Lo hizo con tanta fuerza, que dejó parte de su kimono en la

mano de su adversario.

Pero evitó el terrible golpe.

Con el torso desnudo, dejándose caer de espaldas sobre la lona, rodó por el suelo antes de incorporarse de un salto.

Toshido se dispuso a seguir atacando.

Pero entonces...

¡No, no podía ser!

Los ojos de Luen-Su se desorbitaron. Su mirada se clavó en el pecho del joven luchador que ostentaba, sobre el pectoral derecho, tres cicatrices paralelas.

Abandonando su asiento —estaba justo en el pasillo—, la muchacha corrió como una loca hacia Tsung, a cuyo cuello lanzó sus brazos.

—¡Hermano! ¡Mi amado Yien-Mi! ¡Por fin te he encontrado!

Un rumor de sorpresa recorrió los graderíos.

Pero entonces, Charlie, que ocupaba una butaca de primera fila, junto al pasillo por el que habían salido los luchadores, se precipitó hacia la pista, arrancando a la joven, tirando de ella, hasta conseguir separarla del luchador. Se debatía con todas sus fuerzas, pero Charlie consiguió dominarla, y, mientras la llevaba hacia el pasillo, gritó con rabia:

—¡Que el combate continúe!

Tsung, con la mirada extraña, parecía profundamente pensativo. A través de la niebla que flotaba en su mente, el nombre de Yien-Mi había despertado lejanos y turbadores recuerdos.

El golpe del japonés le sacó de su ensimismamiento.

Fue tan artero el ataque del nipón, que no esperó a que su adversario le hiciese frente, que el público rugió de indignación.

—¡Golpe a traición! —gritaron algunos.

Tsung cayó de rodillas ante su oponente. Durante unos emocionantes instantes, todos los presentes creyeron que el favorito iba a morir.

Alzando sus dos manos, juntas, con los dedos entrelazados, Toshido se dispuso a descargar el golpe definitivo en la nuca, que su adversario le ofrecía.

Los presentes contuvieron el aliento, esperando oír el crujido de las vértebras cervicales, que se romperían bajo el formidable golpe de las manos del nipón.

Pero, en el último instante, cuando de la boca de Toshido brotaba ya un rugido escalofriante de triunfo, Tsung atrapó con ambas manos los tobillos del japonés, tirando de ellos con todas sus fuerzas.

Toshido cayó brutalmente hacia atrás.

Sin perder un solo segundo, Tsung se puso en pie de un salto, acercándose a su adversario. Sus ojos brillaban como carbones encendidos.

Su pie derecho salió disparado hacia el cuello del japonés. Al mismo tiempo, un «¡haaa!» salvaje escapaba de la boca del joven luchador.

Un chasquido terrible hizo que los espectadores se estremecieran.

En la lona, tras unas cortas convulsiones, el cuerpo del japonés quedó definitivamente inmóvil.

—¡Ese muchacho vale su peso en oro! —dijo Tonio Marini.

CAPÍTULO VIII

Moviendo la cabeza de un lado para otro, Harry fue examinando, desde su coche, a los que abandonaban el local. Desfilaron ante él rostros desconocidos, todos ellos orientales, ya que la gente que salía de ver el combate se había quitado la capucha.

Vio salir a Tonio y a sus gorilas, que se dirigieron a un coche, hablando animadamente entre ellos.

—¿Dónde se habrá metido? —se preguntó el joven, que ya empezaba a intranquilizarse.

Pero cuando vio al viejo portero cerrar las puertas del local, Morrison se puso tenso, sintiendo que los músculos de su cuerpo se contraían rabiosamente.

—¡Luen-Su! —musitó mordido por la angustia.

La calle se había quedado desierta.

Y entonces, de repente, se abrió la doble gran puerta que había a la derecha de la entrada, saliendo, muy despacio, dos coches negros.

Los vehículos aceleraron nada más salir del parking subterráneo, pero Morrison, agazapado detrás del volante, vio conduciendo el segundo de los coches a Charlie el Sonrisas.

Harry puso su auto en marcha, lanzándose a la persecución de los otros dos. No tardó en darse cuenta de que la cosa no iba a ser sencilla. No conocía apenas la ciudad, y temía que si perdía de vista a los coches, se las vería y se las desearía para volver a hallarlos.

Y eso fue, precisamente, lo que le ocurrió cinco minutos más tarde.

Después de atravesar una amplia avenida que describía una curva, desembocó en una plaza de la que salían tres calles distintas. Las tres, en la porción que era visible desde la plaza, estaban desiertas.

¡Había perdido a los dos coches, en uno de los cuales, estaba seguro, iba Luen-Su!

Maldiciendo interiormente su torpeza, solo se permitió dudar

unos instantes, decidiéndose por tomar la calle central, pues le pareció la más importante.

Lanzó el coche a toda velocidad.

Por fortuna, a aquellas horas de la madrugada, la calzada estaba completamente desierta, aunque los semáforos funcionaban con intermitentes. Cruzó como un meteoro varias calles perpendiculares a la que seguía, percatándose de que iba acercándose al mar.

Momentos después, al detenerse ante una fila de gigantescas grúas buscando un paso para proseguir su camino, dos disparos de pistola llegaron claramente hasta él.

* * *

Le habían atado las manos a la espalda, además de tratarla con muy poca delicadeza. Los hombres de Charlie, todos ellos chinos, la empujaron al interior de uno de los coches mientras dos de ellos subían al otro, en el que hicieron entrar al luchador.

Mientras los autos esperaban con las portezuelas abiertas, Luen-Su vio a Charlie dirigirse a un teléfono mural, desde donde hizo una llamada.

La voz de el Sonrisas le llegó claramente.

—¿Doctor Cleyton? Soy Charlie. Ha ocurrido algo imprevisto. Coja el coche y espéreme en el muelle de la bahía, donde siempre. ¿Qué no quiere venir? ¿Se ha vuelto loco, *doc*? Si desobedece al patrón, ya sabe lo que le espera. ¡Acabaremos con todos los miembros de su familia! ¡Piense bien en lo que hace!

Colgó bruscamente, dirigiéndose hacia el coche en el que estaba la muchacha, poniéndose tras el volante y arrancando con violencia.

Al salir a la superficie, Luen-Su miró ansiosamente, con la esperanza de ver a su esposo. Pero el coche giró velozmente y no vio nada.

Volviéndose, la joven miró el coche que les seguía. Y al pensar en lo que había ocurrido, empezó a llorar silenciosamente. No lo hacía de pena, sino de rabia. Y lo que más la desalentaba era su impotencia. ¡Justamente después de encontrar a su hermano!

Todavía le parecía mentira lo que había ocurrido.

Miró al silencioso chino que estaba sentado a su lado, y, luego,

sus ojos se clavaron en la nuca de Charlie, que iba sentado, conduciendo, delante de ella.

—¡No se saldrán con la suya! —exclamó furiosa—. ¡Todos ustedes acabarán en la cárcel!

El Sonrisas soltó una risita cortante.

—¡No digas bobadas, muñeca! A Charlie no hay quien lo encierre otra vez.

Y después de una corta pausa:

—¿Así que eres la hermanita de Tsung, eh?

—No se llama así. Su nombre es Yien-Mi.

—Ni siquiera conocía su verdadero nombre. Cuando llegué a Hong-Kong, tu hermano estaba ya en poder del patrón. Tueng-Dao me dijo solamente que el chico era un acróbata extraordinario, y que pensaba convertirle en un luchador de kung-fu fuera de serie. Y lo ha conseguido. ¿No lo crees así, encanto?

—¡Canallas! ¿qué han hecho ustedes con mi hermano? No es el mismo. ¡Ni siquiera reaccionó cuando le dije que era su hermana!

La risa de Charlie se hizo más sardónica.

—Eso no es cosa mía, preciosa. Tueng-Dao me contó que se las vio y se las deseó al principio para encarrilar al mocoso de tu hermano. Tuvo que mostrarse bastante duro con él. ¡El chico tenía carácter!

Hizo una pausa para tomar una curva cerrada.

—Claro que no conoces al patrón. Cuando se le mete una cosa en la cabeza, no para hasta conseguirla. Tu hermano aprendió muy deprisa, y pronto se convirtió en un as de la lucha. Pero Tueng-Dao quería mucho más. Y cuando explicó al muchacho que lo que deseaba era que matase a sus adversarios, el chico se negó rotundamente a ello.

—¡Hizo muy bien!

—De poco le valió. El patrón había oído hablar de un famoso médico de Hong-Kong, un británico llamado Cleyton. Como todos los hombres del mundo, Cleyton tenía un punto flaco: el de él era el juego. Lo demás fue muy sencillo. Como ese medicucho iba a jugar a uno de los locales del *boss*, se le dejó ganar un par de veces, hasta «envenenarlo». Luego perdió una fortuna. Entonces intervine yo, convenciendo al doctor de que solo había una manera de salir de aquella terrible situación: ayudarnos.

—¡Y drogaron a mi pobre hermano! ¡Bandidos!

—Yo no sé, muñeca, qué clase de porquerías le pone el doctor. Me importa un rábano. Lo cierto es que ese médico consiguió lo que el patrón quería: que Tsung se convirtiera en una fiera al saltar a la lona… y que matase fríamente a todo aquel que se le pusiera por delante.

—¡Son ustedes la gentuza más despreciable que jamás me eché a la cara!

—Lo que tú quieras, preciosa. Importa poco lo que digas. Porque vas a desaparecer de la circulación como le ocurrió a tu hermanito. Mira, ahí está el coche del doctor.

Los vehículos se detuvieron, saliendo de ellos sus ocupantes. El chino que había ido sentado al lado de la muchacha, la sujetó fuertemente, impidiéndole, como ella deseaba, acercarse a su hermano, que estaba con el grupo de personas que iba en el segundo coche.

Charlie se acercó al médico, que había bajado de su auto con las manos metidas en los bolsillos de su gabardina.

—Veo que no ha hecho usted la tontería de desobedecer, doctor.

—Te equivocas, Charlie. Esto se ha terminado.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que dejo el asunto. Ya no volveré a envenenar la mente de ese pobre muchacho.

—¡No me haga reír, «matasanos»! ¿Quiere usted quedarse sin su preciosa esposa y sus dos hermosos hijos?

Una sonrisa se pintó en el tenso rostro del médico.

—Ya no podréis hacerles daño alguno. Mi familia salió esta mañana en avión rumbo a Londres.

—¡Muy listo! Pero no tanto como yo creía. ¿Por qué no se fue usted con ellos?

—Porque yo soy un hombre de honor, algo que tú no podrías entender nunca. Voy a entregarme a la policía y a contarles todo lo ocurrido. Y estoy dispuesto a pagar por lo que he hecho. Aunque tendré el placer de encontrarme en la cárcel con todos vosotros.

—¡Bastardo! Voy a…

Charlie echó mano al *holters* que llevaba bajo la chaqueta, pero el médico se le anticipó y, sacando su pistola de uno de los bolsillos, apuntó a los hombres que tenía ante él.

—Si alguien se mueve —amenazó—, ¡dispararé!

Charlie se mordió los labios y, por vez primera, su expresión risueña se borró, como por ensalmo, de su rostro. Pero aquello no duró más que un corto instante. Volvió a sonreír, al tiempo que gritaba, en chino:

—¡Mátale, Tsung!

Emergiendo del grupo de hombres, el joven luchador se lanzó como un meteoro sobre el médico. Retrocediendo un par de pasos, Cleyton hizo fuego, y Tsung, herido en la cabeza, giró sobre sí mismo antes de desplomarse.

El médico hizo nuevamente fuego, apuntando a Charlie.

Pero falló.

—¡A la motora!

Los chinos y el Sonrisas echaron a correr, desapareciendo entre los tinglados del puerto. El médico intentó disparar de nuevo, pero la muchacha, olvidando incluso que tenía las manos atadas a la espalda, se lanzó hecha una furia sobre Cleyton.

—¡Canalla! —gritó—. ¡Ha matado usted a mi hermano!

* * *

A través del parabrisas de su coche, Harry vio confusamente a unos hombres que corrían, desapareciendo tras las grúas. Pero su atención se concentró en la silueta de su mujer que, junto a un hombre armado, intentaba darle patadas, gritando como una loca.

Morrison frenó en seco, saltando velozmente del vehículo. Recorrió como una exhalación la distancia que le separaba de los dos, y propinó un formidable puñetazo al hombre armado, al que arrancó luego, sin dificultad, la pistola de la mano.

—¡Harry! —exclamó Luen-Su con histerismo en la voz—. ¡Han matado a Yien-Mi!

—¿Yien-Mi? —inquirió Morrison, intentando entender lo que estaba oyendo.

—Ven, mira. Está aquí.

Se acercaron al cuerpo exánime del joven luchador. Cleyton se acercó también.

—Permítanme, soy médico…

—¡Usted es un asesino! ¡Quítame la cuerda, Harry! ¡Voy a

sacarle los ojos!

Morrison vio algo en el rostro triste del doctor, y al tiempo que desataba a su esposa:

—Tranquilízate, querida. Veremos lo que dice.

El galeno alzó la cabeza.

—No disparé para matarle —dijo dulcemente—. Soy un excelente tirador, y solo deseaba que no interviniese. A quien quería matar es a ese puerco de Charlie.

Explicó lo que le había ocurrido en las salas de juego, y cómo, por su falta de voluntad, había terminado cayendo en las garras de aquellos bandidos.

—He pagado todas mis deudas —dijo—, pero no respiré tranquilo hasta que no envié a los míos lejos de aquí.

Y señalando a Yien-Mi:

—No tardará mucho en recobrar el conocimiento. No es más que una rozadura de bala. Algo sin importancia. Pero deberían llevarle a alguna parte.

—Vamos a llevarle al hotel, doctor —exclamó Harry—. Y digo vamos, porque usted va a venir con nosotros.

—Yo deseo presentarme a las autoridades.

—Luego hablaremos de eso. Ahora, tenga la amabilidad de ayudarme a transportar al muchacho a mi coche, iremos todos juntos.

* * *

Tras limpiar cuidadosamente la herida de Yien-Mi, Cleyton, que había dado un sedante al joven luchador, se reunió con el matrimonio que le esperaba en el salón de la *suite* que ocupaban en el hotel Oriente.

—Dormirá hasta mañana —dijo—. Y se despertará como nuevo.

Harry, al que su esposa ya había explicado su conversación con Charlie, increpó al médico:

—¿Cómo ha conseguido usted anular la voluntad de mi cuñado, doctor?

—En general —dijo Cleyton, que se había sentado frente a la pareja—, me he servido de ansiolíticos. Pero antes de los combates, le ponía bencedrina, un fuerte excitante que aumentaba su

agresividad.

—¡Pobre hermano mío!

—Lo lamento, señora —dijo el médico—. Sé que he obrado mal y por cobardía. Pero la amenaza constante que gravitaba sobre mi familia, me hizo olvidar, desgraciadamente, mis sagrados deberes de médico. Sé que soy indigno del título que ostento. Y solo deseo pagar ante la ley por lo que he hecho.

Morrison se encogió de hombros.

—Olvídelo, doctor. Hay cosas mucho más importantes. Estoy de acuerdo con que ha obrado usted muy mal. Pero antes de seguir hablando, deseaba preguntarle si las drogas que ha dado usted a Yien-Mi pueden haber afectado su personalidad de manera permanente.

—En absoluto, amigo mío. Yien-Mi se recuperará por completo. Posee una fuerte personalidad. Y es justamente por eso por lo que tuvimos que suministrarle sustancias que disminuyeran la resistencia de su consciencia. Nunca hubiera hecho daño a nadie si no se le hubiera drogado.

—Bien. Pasemos a otra cosa. Usted, mejor que nadie, mejor que nosotros dos, por lo tanto, conoce al verdadero culpable de esta incalificable felonía, ¿no es verdad?

—Sí, así es. Conozco muy bien a Tueng-Dao y le he visitado muchas veces en su mansión de la isla de Cheung Chao.

—¿Quién es ese hombre exactamente?

—Un paranoico.

—¿Eh?

—Una persona afectada por una delirante manía persecutoria. Un loco que solo piensa en vengarse de la derrota que le dejó paralitico. Yien-Mi se convirtió en un precioso instrumento para llevar a cabo esa acción indicativa. Se identificó tanto con el muchacho, que cada vez que Tsung mataba a su adversario, era como si lo hiciera él con sus propias manos.

—¿Vive solo?

—Sí y no. No tiene familia, pero su casa esté vigilada y protegida por un par de docenas de chinos, matones a sueldo, que no permiten que nadie entre allí.

Morrison reflexionó unos instantes.

—No tenemos más remedio que pedir ayuda a la policía de la

colonia. Y es lo que vamos a hacer ahora mismo. Usted, doctor, va a venir con nosotros. Pero no piense que permitiré que se denuncie. Usted no es culpable de lo ocurrido. No ha sido más que un dócil instrumento en manos de esos bastardos. Cuando todo esto haya terminado, usted se reunirá con su familia… y será como si empezara a vivir de nuevo.

—Gracias —dijo Cleyton sinceramente conmovido.

—Creo que podemos dejar a Yien-Mi aquí, ¿verdad? Aunque pienso, querida —añadió volviéndose hacia la mujer—, que deberías quedarte con tu hermano.

Los ojos de Luen-Su lanzaron chispas.

—¡De ninguna manera, Harry! Iré con vosotros. Quiero ver el rostro de ese monstruo. Doctor…

—¿Sí?

—¿Cree usted que podemos dejar a mi hermano en el hotel?

—¡Naturalmente, señora! Su hermano descansará toda la noche y gran parte de la mañana.

—Entonces —intervino Harry—. ¡En marcha!

EPÍLOGO

Se despertó bruscamente. Al abrir los ojos, frunció el ceño cuando se encontró en un lugar que no conocía. Saltó ágilmente del lecho, pasando al cuarto de baño. Entonces vio la tira de esparadrapo al mirarse en el espejo. Se pasó la mano por la sien, no sintiendo más que una pequeña molestia.

Al escarbar en su memoria, notó que podía recordar, como solo lo conseguís hacer en determinados momentos, cuando no caía en aquella especie de profundo sopor, que le hundía en una indiferencia tal, que acallaba la voz de su conciencia.

De golpe, con su solo deseo, los recuerdos se encadenaron correctamente. Y no solo los remotos de su infancia, sino los más recientes. Y vio a la muchacha que se lanzaba a sus brazos y que, además de llamarle por su nombre, le había dicho «hermano».

El pasado volvía a estar claro en su mente.

Pero, al mismo tiempo, barridos ya los efectos de las drogas que le habían suministrado, fue capaz de recordar el resto de lo que había sido su existencia en los últimos diez años.

Y fue aquello lo que despertó en él una cólera incoercible.

Se vistió en un abrir y cerrar de ojos, abandonando la estancia y, luego, el hotel. Al comprobar que no llevaba dinero en los bolsillos, echó a andar rápidamente, dirigiéndose a la bahía.

En el muelle siempre había amarrada alguna motora propiedad de Tueng-Dao. El joven subió a una de ellas, soltó las amarras y, poniendo el potente motor en marcha, puso proa a alta mar, tomando después la dirección de la isla.

Mientras se acercaba a la costa, recordó las veces que había estado allí, y todo el tiempo que estuvo encerrado en una habitación, bajo la estrecha vigilancia del «amo», celebrando combates y más combates, hasta que se adjudicó la terrible misión de matar.

Una oleada de cólera le corrió por el cuerpo.

Parando el motor antes de amarrar, saltó a tierra, ya en el interior de la propiedad del coreano, moviéndose como una sombra

en medio de la densa arboleda del parque.

Cuando se acercó a la puerta principal, vio a los dos chinos armados que montaban guardia.

Sonrió.

Ninguno de los dos orientales advirtió su presencia, hasta que, ya a su lado, se lanzó contra ellos con la violencia de un tornado. Apoyando ambas manos en el suelo, lanzó sus pies hacia el cuello de sus adversarios, golpeándoles salvajemente en la nuez y dejándolos fuera de combate.

Abrió la puerta y entró en el edificio.

Cuando después de subir por la amplia escalinata desembocó en el rellano de la primera planta, se encontró ante los cuatro hombres que solían vigilar aquel lugar, acceso directo a las habitaciones de Tueng-Dao.

No dudó un solo instante.

Un formidable golpe con el canto de la mano derecha eliminó limpiamente al primero de los cuatro chinos. Al mismo tiempo, su pie derecho salió disparado, alcanzando la barbilla de otro de los chinos, que salió disparado hacia atrás como si acabara de recibir la coz de una mula.

Un codazo en la boca del estómago del tercero, le dejó fuera de combate. Pero el cuarto corría ya hacia la puerta para dar la alarma.

Yien-Mi dio un salto fantástico.

Pareció como si unos fortísimos muelles le propulsaran desde el suelo, hendiendo el aire como un meteoro. Así, casi volando, recorrió por el espacio la distancia que le separaba del que huía.

Al caer sobre el chino, las fuertes piernas de Yien-Mi se ciñeron al cuello de su adversario. Fue como si un dogal de acero rodease la garganta del oriental.

Mientras caía, al mismo tiempo que su adversario el joven luchador hizo un brusco movimiento de giro con su cintura. Un chasquido espeluznante se dejó oír al romperse las vértebras cervicales del vigilante.

Yien-Mi cayó blandamente en el suelo, rebotando en él, como si fuera de goma.

Avanzando hacia la gran puerta de doble hoja, se detuvo unos instantes, alcanzando a oír el rumor apagado de una conversación.

Su fuerte mano se apoderó del pomo, haciéndolo girar decididamente. Y, sin perder un solo segundos, se lanzó como un viento huracanado hacia el interior de la amplia estancia.

Tuvo que desplazarse a gran velocidad, ya que Charlie, que se había vuelto al oír abrirse la puerta, echó mano a la pistola que llevaba en la sobaquera.

Pero no tuvo tiempo de sacar su arma.

El canto de la mano derecha del luchador golpeó violentamente el brazo del *gangster*, cuyo hueso se partió limpiamente. Lanzando un grito de dolor, Charlie retrocedió, pálido como un muerto, cogiéndose el brazo fracturado con la otra mano.

Sin prestar la menor atención a el Sonrisas, Yien-Mi clavó su mirada colérica en los ojos del coreano.

—Ha llegado el momento de ajustar cuentas, Tueng-Dao.

El oriental esbozó una sonrisa.

—Siempre he pensado que llegaría este momento —dijo con calma—, pero estoy seguro de que no te atreverás a atacar a un inválido.

—Te entregaré a la policía, sucio bastardo.

—No será necesario, Tsung. Tú has colmado mis deseos de venganza, y tengo suficiente con el placer que me has proporcionado. No quiero ir preso. Mira, ve a aquella cómoda y saca un frasco del primer cajón. Un poco de veneno solucionará mis problemas y los tuyos. ¡Anda, ve!

Yien-Mi pensó que aquella era una petición sensata. Si el amo hubiera estado sano, le habría matado fríamente; pero, en el fondo, no pudo evitar que un sentimiento de compasión se apoderara de él.

Se volvió, empezando a caminar hacia el mueble.

Con una sonrisa feroz, el inválido puso en marcha su silla eléctrica, lanzándola como una exhalación hacia el joven. Antes de que Yien-Mi se percatase de algo, el choque ya se había producido, y las manos, las garras de Tueng-Dao, rodeaban el pecho del luchador, al que había sentado sobre sus piernas muertas.

Con los brazos y el tórax rodeados por los poderosos brazos del viejo campeón, Yien-Mi se dio cuenta de que había perdido estúpidamente la partida La fuerza de los poderosos músculos del coreano, estaban empezando a asfixiarle.

Desesperado, volvió a convertirse, por unos instantes, en el

terrible Tsung, el invencible luchador de kung-fu, incapaz de dominar sus instintos hasta haber matado a su adversario.

Haciendo acopio de la fuerza de los músculos de su cuello, el joven lanzó violentamente su cabeza hacia atrás.

El golpe fue escalofriante.

El duro occipital de Yien-Mi fracturó los huesos de la cara del coreano, aplastándolos además. También el muchacho sintió un dolor atroz. Pero notó enseguida que los brazos de Tueng-Dao aflojaban su presión, liberándose con un gesto rápido.

Se volvió hacia la ensangrentada cara del coreano.

Una masa roja en la que solo los ojos, cargados de odio, seguían mirándole.

Pero el luchador seguía animado por el espíritu implacable de Tsung.

Alzó ambas manos.

Los dos cantos cayeron simultáneamente sobre ambos lados del cuello del coreano.

Un fuerte crujido… y la cabeza de Tueng-Dao, con las vértebras cervicales rotas y la médula segada, cayó hacia un lado.

El maestro del odio había muerto.

Justo en aquel momento, precedidos por un estrépito formidable, un grupo de hombres uniformados y armados penetraban en la estancia.

Morrison y su esposa seguían a los hombres del inspector jefe Forrester.

—¡Yien-Mi!

El luchador se volvió, al tiempo que la dura expresión de su rostro desaparecía. Miró lentamente a la muchacha, acercándose luego a ella.

—Luen-Su, hermana mía.

Se confundieron en un estrecho abrazo.

Luego, ella, con los ojos bañados en lágrimas, hizo un gesto hacia Harry.

—Es mi esposo…

Confiado, Morrison tendió la mano a Yien-Mi, pero casi enseguida, dijo con un pequeño grito:

—¡Caramba, cuñado! Perdona, pero espero que no te ofendas sí, de aquí en adelante, te saludo desde lejos.

* * *

—Sí, hijo —dijo Templeton desde detrás de su mesa de despacho —. Como ves, ya soy capitán.

—Y yo teniente —sonrió Clark con su eterna colilla apagada entre los labios.

—¡Bienvenido a la policía! —siguió diciendo Harold—. Ahora eres de los nuestros, Harry.

—Sí. Pero ¿qué ha ocurrido para hacer posible todos estos cambios?

—Lo que debía ocurrir. Mientras estabas fuera, haciendo de las tuyas, descubrimos que nuestro querido Mac Namara recibía dinero de la Mafia. Ahora, nuestro excapitán está en la cárcel.

—¿Y Marini?

—De ese te encargarás tú, muchacho. Estamos seguros de que acabarás cogiéndole con las manos en la masa.

—Pondré todo mi corazón en ello.

—¿Y la familia?

Morrison sonrió.

—Todos bien. Mi cuñado se ha hecho cargo de la lavandería. Mi suegro sigue llorando de vez en cuando. Y Luen-Su y yo vivimos, como ya les dije antes, en la parte alta de la ciudad.

—¡Magnífico! —sonrió el nuevo teniente, Lower—. Espero que nadie hablará en vuestras casas de lo ocurrido, ¿verdad?

—Nunca —dijo Harry—. Nuestras conciencias están limpias, ¿no es natural en una lavandería?

FIN

Colección **TAM-TAM**

Editorial Ceres brinda a sus fieles lectores la Colección TAM-TAM, destinada a todos los amantes de la aventura, en cuyas novelas encontrarán los temas más interesantes, en exóticos ambientes, donde el sexo, la violencia y la acción trepidante toman carta de naturaleza.

TÍTULOS PUBLICADOS

1. EN BUSCA DEL ESLABÓN PERDIDO. Curtis Garland
2. DOS HOMBRES, UNA MUJER Y UN TESORO. Alan Parker
3. EXTRAÑO SAFARI. Rocco Sarto
4. MÁS ALLÁ DE LA FRONTERA DE LA MUERTE. Alex Simmons
5. FLORES DE HIBISCO. Lou Carrigan
6. SANGRE EN EL OCÉANO. Elliot Dooley
7. INFIERNO VERDE. Lucky Marty
8. EL LAMA NEGRO. Ralph Barby
9. CAZAD A LOS FURTIVOS. Alex Simmons
10. CORTADORES DE CABEZAS. Alan Parker
11. LA CIUDAD PERDIDA. Joseph Berna
12. LA BESTIA AGUARDA. Rocco Sarto
13. LA CAJA NEGRA. Lou Carrigan
14. DIAMANTES NEGROS. Lucky Marty
15. POR EL CURSO DEL ARAGUAYA. Bab Fleming
16. EL MISTERIOSO «BIGFEET», Alex Simmons
17. PALOMAS SIN PALOMAR. Lou Carrigan
18. EL PUENTE EMBRUJADO. Elliot Dooley
19. LAS JOYAS DE LA PAGODA. Bab Fleming
20. LOS OJOS DE LA IGUANA. Curtis Garland
21. CERCA DE BABILONIA. Lou Carrigan
22. KALI, EL PIGMEO. Alex Simmons
23. SANGRE Y DIAMANTES. Alan Parker
24. ARENAS DE MUERTE. Lucky Marty
25. MADRUGADA FATAL. Rocco Sarto

TÍTULOS DE PRÓXIMA APARICIÓN

26. PROVISIONALMENTE VIVO. Lou Carrigan
27. EL ALMA DE LA COBRA. Alex Simmons
28. LA MUERTE TOMABA EL SOL. Lucky Marty
29. ORO ROJO. Ronald Mortimer

COLECCION

DOBLE JUEGO

El deporte es

IDEALISMO Y NOBLEZA

pero también

SANGRE Y CORRUPCION

Todo esto lo encontrará en

DOBLE JUEGO

¡¡UNICA EN SU GENERO!!



ISBN 84-7518-048-5



EDICIONES
CERES, S.A.
Apartado de
Correos, 9.142
Barcelona
Precio en España
60 ptas.

Impreso en España

1 **El Teatro de la Reina.**